CUADERNO

de d E.V.S. V.

perteneciente a

S. J.

en no vivir un día siquiera la palabra de Jesús, q. inexplicablemente lo olvidamos todo y nos empeñamos en hacer de la vida un absurdo sin solución, un buscar donde no se puede encontrar. Y sin embargo ya está en la tierra el evangelio de Dios. Jesús ya comenzó a predicar y está ¡sigue estando día a día en la siembra amorosa de su palabra.

¡Qué empeño en hacer difícil lo q. de suyo es tan fácil! Es uno de los engaños sutiles q. padece el hombre, éste de complicar las cosas. Por no querer dar el paso menudito q. en cada instante exige la gracia acamamos esta formidable excusa del heroísmo imposible, de la tragedia sin salida. Y no es esa la verdad. La verdad está en soltarse de los hábitos viciosos q. nos atan al divertimiento y al pecado, y en seguir con los ojos y las obras el gesto pausado y santo de Jesús, en volver el corazón al mensaje de Jesús q. es en verdad la única buena nueva q. se ha predicado a los hombres.

Pero midiendo bien y teniendo plenamente vivida esa distancia q. hay de Dios al hombre. No es Dios otro ser cualquiera a quien encontrado en nuestro peregrinar inciento le pedimos una limosna rápida. Ese no es un encuentro con Dios, sino un cruzarse con su sombra, con su idea, con un concepto hecho a imagen y semejanza de nuestros infelices conceptos. Y nada de lo humano, de lo nuestro nos satisfará nunca.

Por eso es preciso ir a la verdad de Dios y ante El medir bien la distancia infinita y contar bien el orden verdadero para q. la mirada, la dirección del ser interior rompa su sentido egocéntrico y se enfoque hacia Dios. Sólo entonces comenzaremos a verle como El es, y sólo entonces cuando de verdad sea Dios el Tú de nuestro diálogo, este yo infeliz se hará a semejanza de Aquel q. lo es todo, q. lo trasciende todo, el único q. jamás parecerá ser poco para este gran agujero de la existencia humana.

El hombre también lo es, a su manera, todo. No es todo porq. lo necesita todo, lo es todo porq. es una ansia sin límites q. solo con un Todo podrá cumplirse. Y este infinito en necesidades, mejor aún este infinito de necesidad - q. sola una necesidad tiene la de llenar su vacío sin fin - está abocado a la desesperación o a la plenitud de la paz. Nunca se quedará en el medio.

Una gran amenaza se cierne sobre él: todos los caminos conducen a la desesperación y la única senda - sólo hoguera -

q. lleva a la paz, es muy difícil, cada día más difícil de seguir. El hombre q. siente sobre sí todo el peso de ser hombre, q. todo su valer y su pérdida, toda su dicha y su dolor está en esa unidad indivisible de ser hombre, más fácil q. se decida por esa vía única q. es la de un desnudo sacrificio total en pos de una mística q. le ponga en posesión del torrente de la Vida. El hombre q. se ha hecho ya demasiado hombre es difícil q. deje todo lo humano, q. se deje, sobre todo, a sí mismo. Y precisamente no es otra la solución: tiene q. dejar todas sus seleldías, tiene también q. renunciar a buscar por su cuenta y en su nivel de hombre -con alas humanas- su propia plenitud y arraelo, tiene q. comenzar la etapa del niño q. con los ojos limpios mira al cielo.

Es menester dejar los pseudo-problemas y las pseudo-soluciones aquí donde solo hay un verdadero problema y, sobre todo, una única solución. Pseudoproblema es este difuminar y entenebrecer los contornos por no ver las cosas como son, pseudo-problema es este cerrar los ojos y empeñarse después en decir q. no hay luz. Y sobre todo las pseudo-soluciones: pseudo-solución es este loco aferrarse a lo q. es huidizo, este asomarse a todas las ventanas divertidas para olvidar el urgente problema interior; pseudo-solución es tratar de solventar la tragedia interior con puros valores humanos: pseudo-solución será toda aquella q. procure centrar al yo propio en un tesoro al q. todo -cielo y tierra- ha de servir, aquella q. enfoque todas las decisiones desde un ángulo yoísta pretendiendo q. Dios venga a sancionar estas posturas sin el gran cuidado primero de q. nuestra postura quede enderezada por el parecer infinito de Dios.

Solo hay un problema: el q. nace de la contingencia esencial del hombre y del destino impuesto por Dios al quehacer humano. ¿Qué es nuestra contingencia? Es ser esencialmente de otro y por otro. Nunca fué el hombre, nunca lo ha de ser, un ente q. pudiera darse a sí mismo su propio existir y su propio valer, sino, al contrario, es radicalmente un ser cuya toda esencia consiste en ser al alio. Sea quien sea este otro, es verdad q. el hombre no puede vivir sino sostenido por otro en todos los órdenes: "otro" es el aire y es el agua "otro" el alimento, la luz y los colores, "otro" quien le

dió el ser de carne. Y más arriba y con mayor verdad: Otro es el q. complementa toda la eficiencia de los seres creados q. sin ese otro estarían inmóviles y muertos. Otro es el q. sustenta este ser criado q. sólo tiene un impulso propio camino de la nada. Y más adentro y más hondo ¿quién será el otro q. satisfaga este vacío interior q. desespera al hombre? Ordinariamente, prácticamente creemos q. ese otro son las cosas, es la carne, el mundo, son los hombres. Por eso tantas veces nos emborrachamos de carne, de cosas, de hombres. Pero cuando de nuevo nos sentimos vacíos, intactos de cornalo y plenitud interiores, lloramos de pena porq. tantos esos "otros" no fueron nuestro "otro", el llamado a completar esa esencia del hombre q. se define radicalmente como ens ad alio. Nos urge un complemento en la mente, nos urge un sostén para el corazón. Hasta nuestras pequeñas plenitudes nos exigen a veces un otro sobre el q. poder desparramarlas con amor.

Pero ¿quién será ese "otro"? Por definición vital ese otro no puede ser nuestro mismo yo. Esto no por la paradoja intelectual, apriorística q. sobre el yo y el otro hay, sino por la experiencia más honda de nuestro acontecer diario.

Mas tampoco ese otro puede ser un simple hombre q. es el nivel más alto de toda la vida sensible q. nos rodea. ¿Por qué? Otra vez es el corazón quien lo sabe. En él pueden caber muchos intereses humanos q. le desviven. A estos intereses humanos sí se les puede dar una respuesta humana. Pero para un interés humano, el total y único interés humano verdaderamente q. no hay respuesta entre los hombres, no la hay en la circunstancia concreta q. le rodea. Lo experimentamos a cada instante, en esos pasos difíciles en q. se nos anubla el alma, en q. todo se nos aleja, en q. no podemos confiar de nadie. Allí cuando todas las ganas son de apartarse, de dejar al alma sola con sus heridas y odiarlo todo. ¡Qué lejos están entonces los hombres! Nadie, nadie tiene entonces una palabra de remisión y de vida. Por eso -el corazón lo sabe, este corazón q. ha pasado por la noche y el desierto- no es tampoco el hombre ese "otro" q. entra en la definición última de nuestra esencia. Y así el único interés humano a pesar de ser humano, no tiene entre los hombres su corazón amigo. Por eso los hombres multiplican los estupefacientes para tantos

intereses humanos q. tratan de apagar nuestro único verdadero interés.

Ese otro - no queda más - puede ser Dios, debe ser Dios. Que lo puede ser en absoluto, no cabe duda a quien levanta su mente a la verdad y ve cómo todo el ser viene de arriba. Y es en conclusión ser, más ser lo q. el hombre necesita. Que lo debe ser parece exigirlo la naturaleza humana. Lo sentía S. Agustín en aquel su pensamiento tan manoseado y tan poco vivido, lo ha sentido toda la mejor filosofía humana con los pensadores y los poetas, lo tienen muy en la entraña tantos hombres de hoy q. en cada encuentro con las cosas son a la postre despedidos con un poso de desconsuelo y de escepticismo por todo lo criado. No son las cosas por ser tales o cuales cosas las q. nos bastan, son las cosas por ser limitadas, por estar necesariamente penetradas de egoísmo, por ser contingentes. Y contingentes son todas las cosas, menos la única gran cosa: Dios.

Dios puede y debe ser ese otro q. cada uno necesita porq. además lo ha querido así. Un fin nos ha impuesto: el de buscarle y junto a ese fin nos ha puesto otro: el de alcanzar la felicidad. En consecuencia Dios quiere q. en El, buscándole a El encontremos nuestra felicidad.

Por no saber conjugar en la vida estos dos niveles de nuestro destino integral, andamos con angustias internas. Necesitamos ser felices, lo necesitamos porq. somos contingentes, como por ser contingentes necesitamos también y con qué urgencia de Dios. Necesitamos de dos cosas q. son una sola: acercarnos a Dios, llenarnos de Dios. Pero lamentablemente nuestra carne pecadora, marchada de tierra y de carne ha hecho de esa sola cosa una disociación q. rompe y aleja los dos niveles de la vida.

Un día el hombre se empeña en dar solo la batalla de su felicidad, olvida q. es una misma la batalla de su felicidad y la de su contingencia. Por olvidarlo lo q. parece tan claro respecto de la contingencia se hace un misterio oscuro en relación con la felicidad. Y vienen las pseudo-soluciones ante los pseudo-problemas erigidos ante esa fundamental equivocación. El hombre quiere estar contento, se empeña en estar contento. Pero no puede ser. El estar contento

no depende de uno, consiste en alcanzar un estado o en gustar un estado q. impregna el alma y viene de no sé donde.

La felicidad alcanzada a puños - ¡qué contrasentido! - no pasa de ser un momento de anestesia, un escape por la diversión. Cada uno se ha lanzado muchas veces a esta loca tasca. Se ha constituido centro por su cuenta y riesgo y desde esa postura sale a gustar todo lo q. es lo humano puede expirar felicidad. Para quien una vez sintió lo q. es Dios no es posible este sentido de la dicha. Desde dentro nos golpea las sienes del alma un latido cada vez más fuerte q. clama por la verdad.

Por eso despues de muchos desvaríos se vuelve a la presencia de Dios. Otra vez el consejo de Jesús en sus primeras palabras misioneras nos sale al encuentro: Arrepentíos.

La palabra es dura. Y al comienzo lo es aún más. Arrepentirse es reconocer q. se ha actuado mal y empeñarse en destruir del alma aquellas actitudes q. son malas, q. nos han ennegrecido y, a veces, divertido el alma. Arrepentirse es dejar toda la mentira y toda la tierra. Arrepentirse es dolerse de tantas cosas q. poseen constituir lo más señalado de la vida. Arrepentirse es nacer, llegar a una disposición interna de radical sinceridad - como en la mañana con todo lo q. en el yo es pecado.

Y así, arrepentirse no es fácil. Muy bien puede ser muchas veces una secreta forma de propio engaño para alcanzar por unos instantes la paz libres del escrúpulo y de la conciencia del pecado q. atormenta el alma. Entonces no es sino un echar el velo sobre unas raíces negras q. aún siguen vivas en el alma. Entonces no es sino un juego de pleamares y bajamares al compás de la emoción o de la mentira interior. Pero siempre seguirá intocado el fondo, los bajos fondos esos q. nos da vergüenza mirar, sin q. de verdad nos aterremos con el arrepentimiento. Con esto no se llega a la vida nueva.

Es penetrar un día mirar de frente el alma propia, sin trampas, sin ingenuidades, y volar hasta el fondo para poder llorar y empezar de nuevo.

No es un arrepentirse humano. Hay una voz q. clama del alma y con un amor sin límites, con toda la suavidad del

q. quiere de veras, del q. es bien amigo y trae estos puntos dolorosos con silencio y suavidad. Esa voz amiga está diciendo:

Arrepentíos, porq. está cerca el reino de los cielos
Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios:
Arrepentíos y creed en el Evangelio.

Es Jesús q. ha comenzado a predicar, es Jesús q. predica el evangelio de Dios. Hace años en Galilea; hoy, dondequiera esté un alma amiga.

Ese dolor q. el arrepentirse trae se suaviza, se hace humano al contacto de Jesús. Pero hay q. oírle a él la palabra, y no atender, más aún despreciar por falsa, esa palabra abstracta q. escucha la conciencia como un imperativo: "Tienes q. arrepentirte".

Es demasiado arduo el arrepentirse para q. deba sobrecargarse con estas brutalidades. Y demasiado triste es también la vida. Triste, sobre todo, por ese no hacer lo q. uno ve q. debiera hacer. En el fondo siempre triste.

Los hombres no la consuelan. Los hombres nos insultan nuestra debilidad, nos exigen con sinigual egoísmo nuestro arrepentimiento. Ellos q. están tan lejos q. no nos entienden. Ni nos pueden entender. ¡Qué lejos están los hombres! Si parece imposible q. concuerden su tono interior con el nuestro. Por eso, tantas veces, las veces más hondas y trágicas les tenemos q. decir a los hombres q. se vayan, q. no puede ser, q. están forzosamente muy lejos.

Y a lo lejos cuando el alma aún llora se oyen las carcajadas de los hombres, tal vez de los q. se creen amigos. Es q. les resulta imposible penetrar en las almas, y ver su dolor, para adelantarse siempre como la sangre q. sale a la herida sin q. la llamen, sin q. la avisen porq. ella adivina dónde está el sufrimiento. Será porq. nos hacemos difíciles, será porq. no queremos ser como niños q. van enseguida a contar sus dolores. Pero es q. ser niño cuando ya se es hombre sólo se puede alcanzarlo con Jesús.

Porq. la vida es triste, porq. los hombres sólo si son jueces y enemigos están cerca acechando y si son amigos están lejos, porq. es tarea tan ardua ésta de arre-

pentirse, sólo Jesús puede venir en nuestro socorro porq. El no quiere ser juez, porq. es amigo, porq. está tan cerca, tan dentro....

Pero sí, hay q. arrepentirse porq. El me lo dice, porq. dentro las cosas van tan mal y se ponen tan tristes. Somos, es cierto, lo q. nos empujan a ser nuestro talante interior y las circunstancias q. nos rodean. Mas también, es cierto, q. podemos ser, podemos alcanzar una forma de ser distinta de esa a la q. nos sentimos arrastrados indeliberadamente. De ahí q. el arrepentirse sea un espléndido uso, un uso radical de la libertad, siempre un doloroso y triunfal uso de la libertad.

Porq. arrepentirse es soltarse, liberarse de la tierra q. somos, ante todo de este no buscar a Dios: el reino de Dios y su justicia, por buscarnos a nosotros; de no creer a Jesús q. dice cómo sólo una cosa es de verdad necesaria; de este intentar traer la voluntad divina a nuestro capricho y no conformar el capricho humano con la voluntad de Dios. Tal vez, en el fondo, sea éste un pecado contra la fe. Por no creer en Dios, por no valorarle, le perdemos de vista, le desestimamos. Y viene entonces la ciega busca de diosecillos q. por su número alcancen a llenar esa gran hondonada del Dios q. se nos fué. Viene este igualar todos los valores extrínsecos para dejar sobre todos el propio yo.

Con este primer pecado nacido de la ruina en la fe y consumado en el propio orgullo, vienen sin fin las consecuencias. El dios q. ya somos no puede nunca quedar en la sombra a pesar de q. hubo un Dios verdadero, Deus de Deo, Lumen de Lumine, Deus verus de Deo vero, q. vivió todas sus horas humanas en la oscuridad. Ese dios menudo porq. se ve tan pequeño necesita hacerse sentir a cada instante empeñándose en mostrar sus ridiculeces desnudas q. en verdad son el más vergonzoso de sus bochornos. Todo es lucir, todo es mostrar: lucirse y mostrarse. ¡Pobre diosecillo infeliz! ¡Cómo se oculta Dios en su actuación imponente por el mundo! Y porq. el hombre se ha hecho dios, dejando de ser —tratando de dejar— lo q. es, se queda sin nada perdiendo la base y balanceándose angustiadamente sin sentido. Por eso se siente triste. Busca el apagar su tristeza, bus-

ca el ser amado. Y el amar. Busca todo lo q. le pueda sonreir y huye con furia de la soledad, esa soledad silenciosa q. le volvería a colocar en su postura de hombre, de hombre pequeñito sostenido en los brazos de Dios.

Por seguir triste en esta huida de Dios, viene el pelear con los hombres, el no tener para con ellos un corazón manso, suave, eternamente comprensivo, incesantemente bondadoso. ¡Cómo va a tener un corazón así este pobre hombre q. se ha hecho todo entero egoísta!

A veces habría q. perder hasta el derecho de estar triste, habría q. poner cara mentirosa al mundo q. nos rodea. A pesar de q. esto parezca romper nuestra existencia auténtica. Hoy muchos definen la verdad como la conformidad de nuestra actuación humana con nuestro estado interior. Sin embargo hay, a veces, q. olvidarse de esto para atender a los otros.

De todos estos aspectos fundamentales exige Jesús el arrepentimiento, pero lo exige con amor acompañándonos con su presencia. Es menester arrepentirse porq. ya está cerca el reino de los cielos, porq. se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Es menester arrepentirse y creer en el Evangelio de Dios.

Poco a poco, dejando al alma q. se empape de la fe y del amor de Jesús. Que la fe y el amor retirarán al propio yo de su fatuo pedestal, q. la fe y el amor iluminarán el puesto de Dios en la propia alma, q. la fe y el amor nos harán desprendidos de la tierra y nos harán suaves con los hombres. Hasta profundizar los ojos, unos ojos esenciales q. se hundan en las corrientes hundidas q. vivifican las cosas y traen mensajes transcendentes de la verdad y el amor de Dios. Hasta alcanzar el misterio de todas las cosas y todas las almas, ese misterio sin riberas de las aguas blancas y tranquilas. Hasta acercarse y mirar sin titubeos la presencia divina q. arrebata y hace despreciables los toques más ardientes de la tierra.

No es el arrepentirse matar sin más al hombre, no es encerrarse en una negrura de misántropo, no es llorar y llorar en la noche. Es q. viene la luz, viene el Evangelio, se acerca el reino de Dios.

Ya se ha cumplido el tiempo, ya ha llegado a

suficiente altura la experiencia de la tierra, ya se siente el desbordamiento de la pequeñez, de la suciedad. Y se acerca la luz de una aurora nueva, se acerca Jesús.

Se ha cumplido el tiempo. Ya no es hora de seguir buscando, rebuscando entre el desecho de la tierra. Se acerca el tiempo de decirle al alma q. toda carne es heno y q. es menester morir a los accidentes por llegarse a las sustancialidades eternas. Se acerca Jesús.

Es preciso salir al encuentro de su venida, acercarse siquiera al camino por donde El ha de pasar. Y esperarle con amor, con humildad, con fe. Jesús q. viene a sanar. Jesús el de la honda sonrisa amiga, el del manso rostro amigo. Jesús. Viene Jesús.

Todo le espera. ¿Quién me librará de esta carne de pecado? ¿quién me devolverá la libertad perdida, atada de tendencias y pasiones? ¿quién recuperará a este yo extraviado entre las cosas q. se ven y q. se oyen?

Todo le espera. Y El vendrá porq. El es el Enviado, porq. es el Esperado; vendrá si las obras de verdad le llaman. Y por El q. es la puerta entraremos al reino nuevo, al mundo de la luz donde ya los ojos aparentes no nos engañarán más, al mundo nuevo del amor q. inunda el alma, allí donde ya uno no se pierde y lo posee todo después de haberse arrepentido y haber dado vuelta entera al alma. Eso es arrepentirse: cambiar de alma, cambiar de corazón; seguir con las mismas cosas de antes si es preciso pero ya con otra alma, con otros ojos, con otro amor. Pero con El, mirando adelante a su figura de luz y olvidando para siempre los viejos apegos de la carne, rompiendo las viejas raíces q. nos agarran a la tierra. Que así se llega al Evangelio de Dios y el Evangelio de Dios es maravilloso porq. es la Palabra buena q. Dios dice a los hombres y esa Palabra es Jesús.

Jesús triunfará, porq., aun sin saberlo, es a El a quien esperan los hombres:

14 Y volvió Jesús con la fuerza del Espíritu a Galilea, y su fama se extendió por toda la comarca

San Lucas habla de este suceso como algo inmediato a las tentaciones del diablo en el monte de la soledad, de la penitencia y de la oración. Yo recogí anteriormente este texto en la senda de Jesús desde Jerusalén a Galilea (v.p. 131...) Podría también este texto tratarse aquí una vez llegado a Cafarnaúm hablando de las salidas q. hacía por las sinagogas próximas. O dejas este versículo 14 para aquel momento en q. el Espíritu le impulsaba a Jesús desde el desierto a Galilea o desde Jerusalén a Galilea. Y colocar el siguiente versículo 15 en este comienzo del apostolado galileo

15 Y él enseñaba en sus sinagogas, y era glorificado de todos.

Pero sea de una u otra suerte hay aquí un mensaje vivo y eterno: Jesús movido del Espíritu, forzado del Espíritu santo, repleto de gracia y de divinidad marcha a Galilea. Tan notoria es la sobreabundancia de su misterio interior q. todos le glorifican. No sabían a punto fijo por qué, pero ellos percibían q. algo maravilloso estaba cruzando por sus vidas. Era su presencia y era su enseñanza. Cuando tantos son los hombres q. se esfuerzan por aparentar y, sin embargo, no logran hacerse presentes al alma, cuando tantos son los q. dicen maestros y por más títulos q. ostentan no llegan a enseñar nada vivo ni a edificar nada en el hombre interior, cuando tantos no hacen sino repetir rutinariamente los preceptos de la ley sin entrar en su sentido ni en su trascendencia, surge un hombre, de verdad hombre, hombre de verdad, con una palabra viva q. forja en el alma aquello mismo q. dice. Y ese hombre es Jesús. Por eso es glorificado de todos quienes le conocen.

Salía a predicar por las sinagogas, sembraba sus palabras con el gesto manso de un viejo sembrador. Algo había en aquellos ojos, algo vibraba en su palabra q. hacía nuevas todas las cosas. Nadie ha hablado como El. Porq. nadie ha sido como El: hablaba su figura, hablaba en andas sublime y sencillo.... Viva la paz, viva la plenitud.

Albert Einstein al cumplir los 76 años dice q. si otra vez reconociera su carrera no querría ser sabio; querría ser vendedor ambulante. Y para descansar de sus estudios se entretiene en resolver las palomas de aritmética de los niños. El alma de Rabindranath Tagore, el Amal niño de "El Cartero del Rey" también quería ir por el mundo vendiendo quesitos.... ¿Qué le pasa por dentro al hombre? No hay paz, no hay plenitud en lo q. se tiene. Se quisiera cambiar, volver, hacer de la vida otra cosa.

Sólo hay un hombre en la historia q. si volviera a nacer no quisiera nadas ni un punto el cosés de su existencia. Sólo hay un hombre q. jamás tuvo q. arrepentirse. Ese hombre es Jesús y en alguna sentido también su Madre en cuanto participa de su gracia y de sus dones. Por eso su perfil es tan perfecto, tan ingenuo, tan incomparable.

Su perfecta posesión de sí mismo, en perfectísimo e incomparable contacto con lo divino, nada de la tierra le distorsiona de su santidad sus decadencias. En El, tal era la intimidad y la fuerza del abrazo con q. Dios había atraído a la naturaleza humana q. ésta ya no sentía el peso de lo humano. Hay para los hombres una trágica ley de gravedad no. Hay para los hombres una trágica ley de gravedad q. tira sin cesar hacia lo humano, hacia lo egoísticamente humano, una ley q. no deja ni un instante de empujar hacia esa naturaleza a lo q. es de allá. Y así la subida al cielo es siempre un combate contra todo el peso y la opacidad del propio yo. Parece q. hayas dejado la tierra montañas y por eso hundimos en ella también sin querer q. sobran la vida, la vida humana. No bastan de desencantos y comenzar el viaje hacia Dios le sobra un peso muerto y una nueva decepción nos arroja otra vez a lo de allá.

Mas siempre nos queda el poder seguirle. Lo q. a El le posibilita la naturaleza, a nosotros nos lo facilita la gracia: la gracia de su ejemplo, de sus ojos q. acompañan nuestros inciertos tropezones, la gracia de su compañía sin ofensas, de su persona más allá de setenta veces siete. Es como si un día el cuerpo del hombre no fuese atraído tan implacablemente por la tierra y pudiese alzarse por propio impulso. Y entonces

Lc IV, 15 M ELLA
FURIA

podríamos llegar a no querer cambiar de vida, a encontrar las directrices fundamentalmente perfectas.

Allá dice S. Agustín en un sermón:

> Fiant quod non sunt, ut possint servare quod sunt. hoc est fiant catholici, ut possint servare quod homines sunt: ut non in illis pereat Dei creatura, accedat Dei gratia.
>
> Sermo 139, 5 ; BAC n.º 53 p. 108

Lo q. él dice de los arrianos se puede sentir de todos los q. no reciben de Cristo su don de hombres superiores. Hay q. alcanzar lo q. no somos, para de verdad ser lo q. estamos llamados a ser. No somos hombres porq. no somos cristianos, porq. el espíritu de Jesús no nos invade y nos devuelve exaltado nuestro ser primitivo. Sin la gracia de Dios no alcanzamos ni siquiera a ser hombres, a ser esta pequeña gran cosa q. debemos ser.

En conclusión dejar la tierra - Relicta civitate Nazaret... Arrepentíos - para encontrar el reino de Dios q. se aproxima. Dejar lo q. es en cada uno tierra, obligarnos a esa redención q. es tan necesaria y q. viene del Cristo del cielo sobre el Cristo de esta tierra. Para ello viene Jesús. Y por eso viene Jesús porq. nos ve sentados en la noche, porq. nos ve transformados en tierra amarga. Hasta alcanzar la verdad lejos de los pseudo-problemas en busca de ese único "otro" q. complementa mi vida. Pese al oscuro morir q. es el arrepentirse está la alegría de hacer este trabajo con Jesús, por Jesús, con la fe y el amor de Jesús.

p. p. 287-326

Dejando la tierra hacia Jesús

Lc V, 1-11 ; Mt. IV, 18-22 ; Mc I, 16-20

También es dificultosa aquí la juntura de los tres sinópticos; más propiamente la narración de Lucas con la de Marcos y Mateo, pues sólo Lucas es quien narra la pesca milagrosa q. parece haber sido el último toque de Jesús para q. los discípulos esporádicos de Jesús se convirtiesen en sus apóstoles... para siempre.

Dice Bover: "Para conciliar las ligeras discrepancias redaccionales no hay q. olvidar q. toda esta escena, enlazada con la pesca milagrosa, duró varias horas; y q. los evangelistas se refieren a distintos momentos de ella. San Lucas habla de dos pescas: una nocturna, frustrada, y una matinal, bien lograda. Entre las dos presenta a los pescadores lavando las redes. San Mateo y San Marcos hablan de alguna pesca, sin más distinciones, y presentan a Simón y Andrés echando las redes al mar, a Santiago y Juan recomponiendo sus redes. La acción de Simón y Andrés puede referirse tanto a la primera pesca o a la segunda como sintéticamente a entrambas a la vez. La acción de Santiago y Juan puede ser posterior tanto a la pesca nocturna como a la matinal..." (Nuevo Testamento. Ed. separata... BAC n.º 43 p. 138)

Yo no he de detenerme en la conciliación técnica de los textos, sino q. he de procurar el sentido y la interpretación humano-divina del pasaje con sus consecuentes proyecciones naturales-sobrenaturales.

> Y aconteció q., como la turba se agolpase sobre él y escuchase la palabra de Dios, él estaba de pie junto al lago de Genesaret. Lc. V, 1

Le venían siguiendo las turbas. Para ellas, Jesús
más q. una realización era todavía una promesa, un sue-
ño. Y sin embargo le seguían, se agolpaban sobre él. To-
davía no quedaba a su paso la estela de los prodigios,
ni se adelantaba el nombre de profeta. Con todo algo
flenía de aquellos ojos, mansos y serenos, penetrantes,
hondos, llenos de misterio y suaves con la suavidad del
Dios q. es amor. Y ese algo q. se escapaba como un
mensaje, de su figura abrasa sin q. supiera bien
por qué a las gentes. Gentes intimidadas, gentes dolo-
ridas q. veían agonizar el misterio de una aurora.
Aquella turba le esmichaba. ¿Por qué?
Hoy recibí una carta y en ella me decía mi
madre q. los ejercicios en la parroquia a los chicos
han fracasado, pues apenas iban unos cuantos.
¿Por qué?
Yo no creo q. hoy el hombre, el muchacho se
encuentre lleno de algo como para no ansiar secre-
tamente una elevación espiritual q. le ordima de la
carne, de tanta risa, de tanto deleite y en el fon-
do se deja vacío. Yo creo q. dos cosas faltan a los
predicadores y una es q. predigmen "la palabra
de Dios" y otra q. sean Jesús, para q. Jesús sea
quien predique: "El estaba de pie junto al lago".
Enseguida se diría: los predicadores de hoy no
atraen a las almas porq. no son Jesús ni predican
la palabra de Dios. Pero este decir porqueyo no
los libera de su grave culpa, antes acentúa de ellos
mayor responsabilidad.
Quien no es como Jesús no puede en justicia
predicar su palabra. Palabra q. hoy como nunca es
necesario q. sea visión interna, testimonio de la vi-
da. Palabra q. por ser de Dios requiere un predicador
divinizado, transfigurado en Jesús. Solo El, Jesús,
podría decir su palabra de manera adecuada, con
todo su sabor de cielo.
Y quien sabe cómo se escalofría hoy aun antes
los por de fuera más allegados al cristianismo, la
palabra de Jesús si El mismo viniera a decirla. De se-

guro q. a más de uno, de esos q. se dicen y se creen pre-
dicadores de la palabra de Dios! Les parecería cosa de no
acabar, mientras q. las pobres almas hambrientas a las
q. hoy el mensaje de Jesús no alcanza a conmoverles
el alma y a llenarles de luz su noche trágicamente
dolorida, se verían iluminadas, amadas de verdad,
de verdad, colosantes con una vida nueva.
Porq. Jesús sí, llena, y los otros... los otros no llenan.
De pronto aturden y hacen olvidar la sed honda del ser
mientras más intranquilo e íntimo. O porq. gritan tanto
q. llegan a encandilar durante su actuación momentánea,
o porq. de verdad traen consigo partículas de ese no
se qué hambriento del corazón. Más enseguida... dejad
q. la noche obligue un momento al recogimiento del al-
ma, dejad q. nueve a lo lejos el cosmos auténtico de
este ser humano q. dentro llevamos. Y entonces... no, na-
da de lo de acá trae la paz, la plenitud.
Ese es el punto q. unos llenan y otros no llenan.
Que la necesidad del alma es demasiado íntima, pro-
funda, es demasiado permanente y las ansias de este
mendillo y sojo corazón tan tiranado a más; siempre
a más. Y así nadie llega a juntarse permanente-
mente al vero problema interno de cada uno, aunq.
a veces sí algunos - y son tan escasos - por un mo-
mento casi se identifiquen con él y nos brinden ese
don inapreciable de darnos enteros y le podamos nos-
otros dacnos también enteros. Pero son estos instantes
fugitivos, dispersos y se apagan. Y el ongnoso de
su luz quisiera y deva pronto se ve cubierto con
la ceniza y las cenizuelas del quehacer cotidia-
no.
Y así cuando se apagan todos los ruidos, de una
vez es mestro interior un gigante esclamo por el exis-
tir auténtico. Necesitamos nuestro existir, el único
de verdad auténtico, el del propio yo y es fiel a sí
mismo sin dejarse enredar - eso sucede en la sed -
de tranquilas, pormenores y formalidades de la vida
q. decía el otro, y q. en colisión si no son confor-
mes con nuestro existir auténtico, no dejan de ser tra-

quiñuelas.

¿Qué será esto del existir auténtico? Y otra vez vuelve a los ojos aquel Jesús en torno del cual se arremolinaba la gente por escucharle, aquel Jesús q. predicaba la palabra de Dios porq. vivía la vida de Dios.

Ahora ya, tal vez, se entienda ese doble porqué q. antes interrogaba frente al fracaso de tantos predicadores y frente al triunfo del único verdadero, sustantivo predicador. Los otros a lo más alcanzarán a darnos su vida, pero ellos son los q. no llenan con su palabra pues no pueden llenarnos permanentemente con su ser con su vida. En el fondo aun siendo ellos, aun viviendo esa rarísima fidelidad a sí mismo q. es el existir auténtico, no llegan aún con plenitud al existir totalmente auténtico.

Con sagacidad notaba Vasconcelos en clara alusión al Fausto, obra de sus enojos:

> El hombre ha de ser más q. el hombre para no convertirse en homúnculo
>
> (J. Vasconcelos, Goethe y el derecho. Rev. d. l. Univ. d. B. Aires. Jul. Sept. 1949, n.º 11 d. l. 4.ª época, p. 81)

Y Cornelio Fabro interpretando la figura de Kierkegaard:

> El hombre es tanto más hombre cuanto más se empeña por ser más q. hombre, vale decir, en la medida en q. se endereza más a Dios.
>
> (C. Fabro, "S. Kierkegaard o el hombre frente a Dios, Ib.ª n.º 12 p. 345)

Es q. en el hombre se dan como dos categorías sustanciales q. empequeñecen todo lo humano e impulsan, por consecuencia, hacia Dios. Una de ellas podría sintetizarse en esa palabra q., tantas veces, se le escapa a uno: "¡Qué lejos estáis los hombres!". ¡Qué lejos, Señor, están los hombres! Y eso aunq. no sea verdad la frase recíproca: "¡Qué lejos estoy de los hombres"! Porq. uno pue-

de estar a un paso de ellos, queriéndose entregar, internarse con ellos por los senderos del alma... Pero ellos tienen problemas tan distintos, superficies tan dispares, tan heterogéneas respecto de nuestro anhelar interno, q. uno siente toda la lejanía de las almas. Es cierto, están lejos, muy lejos. Sólamente el día en q. toda la vida del alma propia sea dar, sólamente dar, sin esperar recibir nada, ya no estarán lejos aunq. tampoco estén cerca, no estarán lejos porq. ya no los necesitaremos; ni cerca ni lejos. Ya no estarán ahí para nosotros, aunq. nosotros sí estaremos ahí junto a ellos.

Que el estar cerca y el estar lejos son relaciones recíprocas pero, en este problema de las almas, con una reciprocidad muy sui generis. Y lo único necesario es q. uno sea quien esté cerca de los otros, por más q. los otros estén cada día más lejos. Que esa fué la postura de Jesús entre los hombres, la de Aquel q. a todos amaba, q. hacía lucir el sol sobre los malos como sobre los buenos.

A veces se llora porq. los otros están lejos y nos dejan solos, dejan olvidada a la pobre alma enferma. Pero también El estuvo solo al sufrir, aunq. también El tuvo tanto q. llorar. Más lejos q. de nadie han estado, estaban los hombres de El. ¡Qué lejos, Señor, estaban los hombres de Ti!

No era por desprecio... ¡si El estaba tan cerca de ellos! Era porq., en el fondo, aun inconscientemente, le tenían miedo, no querían levantarse tanto sobre sí, como para alcanzar el trato de aquel hombre tan manso y tan sencillo de corazón, pero q. asimismo era lo más alto q. en lo humano se puede ser y, sobre eso, estaba embargado aún en sus más superficiales matices de la divinidad.

La lejanía, en cambio, de unos hombres respecto a otros, suele tener otras causas, aunq. a veces son parecidas a las de Jesús. Puede ser q. la profundidad del alma, la seriedad y la angustia retraiga a los otros en sus horas superficiales y frívolas. Mas

puede también ser q. el orgullo o la timidez, el egoísmo y la despiadada introversión sean las q. imposibiliten el acercamiento. Puede también ser q. esa cercanía a los hombres sea un sueño cuando en realidad no se da ese acercamiento.

Cerca y lejos. He ahí la paradoja. Lejos mi carne de la carne de los otros, q. con la carne todas las cercanías se manchan. Cerca mi amor, mi ser espiritual encendido, del alma y aun del cuerpo de los otros. Otra vez por los pasos contados de la proximidad y de la lejanía se llega a la soledad. Soledad porq. nuestra cercanía es lejana, soledad porq. para el don perfecto de la proximidad se requiere un alma libre y limpia, soledad porq., tal vez, estando tan cerca de los hombres, los hombres están tan lejos de uno. ¡Bendita soledad!

Que así vivía Jesús, cerca y lejos, apretado por la muchedumbre q. le escuchaba y evadido por los montes nocturnos en oración solitaria, inclinando su frente y sus ojos, su corazón y su sonrisa sobre todos los hombres y encontrándose desconocido aun de aquellos q. tocaban su cuerpo.

Este "cerca y lejos" con los hombres es necesario. Cerca porq. así lo dice el mandamiento nuevo y primero de Jesús, lejos porq. así lo exige el pecado y la contingencia.

Y con esto se toca ya la segunda categoría sustancial q. empequeñece lo humano y empuja hacia Dios. Su expresión pudiera ser esta:

Porq. lo necesito todo, no necesito de nadie.

No es empeño por la paradoja, antes es llano decir, expresión escueta de lo q. en la realidad sucede, esa q. es realidad tan paradójica y tan realísima como la vida. Y para curar espantos aún hay q. completar la realidad, la expresión de la realidad entera con este nuevo juicio

Porq. no necesito de nadie, necesito de todos

Sí, todo esto es cierto y vivo: Porq. lo necesito todo, no necesito de nadie. De nadie, se entiende, de la tierra, de ninguna criatura. Con esa necesidad q. es ansia de algo q. llene el alma.

Y así porq. lo necesito todo, no necesito de nadie. Poco a poco va creciendo el hombre interior, poco a poco se va agigantando el problema y la angustia, hasta q. alcanza un nivel al q. la tierra ya no puede subir. Se buscó en la tierra por mucho tiempo, y aún, en los momentos alocados se busca, remedio, consuelo para tanta inquietud interna, para tanta ansia de dentro. Pero cada vez se hace más breve, casi instantáneo, casi sin repercusión después de su contacto con el alma, el don q. la tierra da, aun el amor q. los hombres nos manifiestan. Antes se proyectaba su influjo y durante varios días me saltaba en el alma el amor y la alegría. Hoy no, aún me aturde el momento de dicha, pero pronto pasa como un soplo q. desaparece.

Como el hombre interior se acrece y como las cosas de fuera van perdiendo valor, la necesidad es ya tan grande y el fracaso de buscar en la tierra para encontrar algo, tan repetido, q. poco a poco va calando en el alma la persuasión inconsciente de q. nada de lo de aquí es lo q. necesito, q. tanta es la necesidad interior q. ya nadie de aquí abajo puede siquiera adormecerla.

Cuando el ansia y la necesidad eran menores, al ser el hombre interior mucho más niño q. hoy, por necesitar poco necesitaba de todo, y de todos. A cada uno le pedía su don superficial y su risa momentánea. Estas cosas bastaban para curar por un tiempo mi pequeña necesidad.

Hasta q. el paladar se me hizo amargo, hasta q. gusté lentamente, seguidamente cómo los hombres ni las cosas llegan a esa caverna escondida donde se agazapa el propio dolor, el vacío y el tedio, hasta q. un actus de escepticismo me selló la cara, se me hundió en el corazón q. había esperado tanto de los hombres.

Con esto ya se acerca la hora de vivir la verdad, de ser fieles a la propia existencia auténtica con ese espíritu auténtico q. es el q. vivifica y engendra la palabra convertida ya en purísimo testimonio de la vida interior cristiana. Como en el caso de Jesús cuando se apretaban contra él junto al lago las multitudes galileas mientras resplandecía por todos los corazones en silencio aquella palabra: "Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre".

Aquí vale oír a Kierkegaard q. con la mirada fija en Cristo trata de descubrir la propia vida auténtica.

"El espíritu lo tiene (el hombre) para relacionarse con Dios, y, a través de Dios, también con las cosas y personas del mundo. Vivir espiritualmente el hombre es no vivir, es vivir como se debe vivir, es vivir vida doble; es vivir verdaderamente libre. Y verdaderamente libre no puede vivir el hombre sino de cara a su Dios.

"Puedo cristianamente decidirme a hacer de mi vida... ¿qué cosa? Pues... lo q. de las mujeres hacen los demás. Puedo en el misionero en nuestras matorrales. ¡Ah, sí! Pero entonces quemo mi vida en tonterías banales!. La vida me la tengo el mundo... libertad, lo q. se llama libertad, únicamente la logro si enderezo mi vida a Dios, buscándole a él por todas las cosas de este mundo, hasta convertir mi vida en un problema personal con él. Y he aquí q. mi espíritu solo puede vivir en vida propia y plena de espíritu. Solo enfrentando a Dios puede alcanzar su plenitud existencial, la q. coincide en un todo con su plenitud metafísica."

(S. Kierkegaard, Diario, 1846, VII, A 171. Ed. trad. ital. de C. Fabro, t. 1 p. 290 y sigts. C. Fabro t.c. p. 347-68).

Cuando ya ha arajado en la propia vida este existir auténtico, cuando se va ya a Dios a través de todos los pasos y todos los gestos de cada día, porq. nada de lo de aquí necesita, el q. lo necesita todo, entonces con naturalidad se llega a esta única conclusión:

Porq. no necesito de nada, necesito de todos

Para ello se precisa vivir lejos de los hombres porq. si cada día no muere uno a la proximidad de la carne, del apego sensual, los ojos no tendrían aun tanta virginidad como para ver a Dios. Y sin Dios, esa necesidad de todo q. como una planta va creciendo más cada instante, empuja, como a un perro su instinto, a buscar en todos su pedazo de carne. Por eso hay q. alejarse para poder estar cerca, hay q. encontrar en Dios el Todo q. llene la propia insalubridad de todo. Entonces ni el alejarse a los hombres no es con la pasión desbocada del hambriento de carne, amor y vida. No, ya se ha hundido en el alma no sé qué dice menos q. va secando, agostando la vieja ilusión humana de encontrar entre los hombres la vida y el amor.

Los hombres están lejos y apenas tienen ya nada para nuestra necesidad porq. ellos están muy lejos y la necesidad es muy urgente. Tal vez esto sea la infelicidad y la apariencia, pero en el fondón genuino del alma medio de ahí puede llegar tan cerca q. llene esa necesidad.

Sólo hay un hombre q. está cerca y q. con paso quedo avanza por la orilla de este fondo interior de las almas, un hombre a quien aun quien con fe primitiva y sin dudas tuitos q. se sienten mordidos por el mío y la inestabilidad, en torno del cual se apretujan ansiosos de su palabra tantos cansados de las palabras humanas. Es un hombre de vida auténtica, de vida llena q. dentro de sí lleva la fuente de la vida y del amor. Es un hombre q. se deja oír dentro con misteriosas voces extrañas llamando a una vida santa y auténtica, a la vida

divina, un hombre q. por no necesitar de nadie necesita de todos. Este hombre q. no puede ser sólo hombre, no sé si aún lo conozco. Conozco sí un nombre q. significa Salvador y Amigo, Ungido y Mesías, pero a veces me temo q. para mí no sea sino eso. Un nombre, una sombra q. pasó, un sueño q. a veces, aun hoy, ilusiona e incita como un ideal.

Este hombre es Jesús, sólo Jesús, pero Jesús q. es más q. un nombre, una sombra y un sueño, Jesús q. sigue sus pasos junto a cada vida humana, Jesús el hombre-Dios q. aquí cerca está aunq. es de noche, q. aquí presente vive y ama, palpita y se enternece; espera y ayuda aunq. no se le sienta porq. es de noche.

Se siente venir de lejos una caravana divina, la caravana de la gracia. Viene de detrás, de allá lejos, pero aquí viene y ya se acerca. Un día se entrará en el alma y en la vida como el río se entra en el lago q. no podía moverse en busca del río. Y ahí Jesús ya no será una idea viva, será quien es, un hombre junto a mi vida, un Dios inclinado a la orilla de mi pobre lago quieto y sucio.

Jesús el q. puede estar tan cerca porq. está tan lejos, el q. necesita de todos porq. ya no necesita de nadie; porq. ya no seremos uno y una idea, sino dos: un hombre agarrado por su finitud y un hombre exaltado por su divinidad; porq. somos dos, este pobre hombre pequeño sabrá estar tranquilo aunq. los hombres estén tan lejos, sabrá acercarse a los hombres porq. ya habrá caminado muchos pasos lejos de la carne y del propio anhelo egoísta, necesitará de todos, a todos se entregará con su petición o con su don, siempre con su entrega, porq. ya no necesita de nadie.

Son los milagros de Jesús q. ya está tan cerca, q. tiene palabras y presencias vivas, proximidades transfiguradoras. Después, enseguida, vendrá el ser más q. hombre, el atravesar entre los humanos como un misterio, lejos de la tierra y de lo q. es tierra. Este pasar entre los hombres siendo más

q. hombre a pesar de ser hombre, buscando en todo a Dios mientras se avanza como olvidado de todo lo de acá, sin atender a lo q. con tanta ansia atienden los hombres, sin buscar esas metas tan próximas y tan egoístas en las q. tantos se enredan, llenos del misterio de Dios q. dentro vive y concentra todo el ser de uno. Y así se va colmando esa necesidad de todo, se va transfigurando el ser entero en un nuevo Jesús q. se encarna en la tierra, va fraguando la palabra viva q. el mundo ansía y tras la q. se agolpa como se arracimaba ante el mensaje de Jesús a la orilla del lago.

2. Y vió dos lanchas q. estaban junto al lago; los pescadores, q. habían bajado de ellas, estaban lavando las redes.

En Jesucristo se ve un dominio de sí perfecto aun en los momentos de mayor ebullición interna. Estaba hablando a las gentes, pero enseguida se percató de la dificultad q. el auditorio tenía para oírle. Por eso al fijarse en la presencia de las lanchas se le ocurre esta solución de un tan delicado humanismo por la q. busca la comodidad y la facilidad de los q. quieren escuchar su palabra.

Pero había algo más. Aquellos pescadores q. estaban allí lavando sus redes, tenían, sin saberlo, sobre sus frentes la mirada eterna de Dios q. les llamaba para sí. Ellos ni sospechaban de su misión divina. Sin embargo, Jesús les viene buscando.

Ahí están absortos en su quehacer, lavando las redes q. acaban de usar en la noche. Están cansados, deseosos de concluir su tarea. Han debido fijarse en la multitud arremolinada y enseguida han divisado en medio de ella la figura alta de Jesús, su rostro vivo q. transfunde paz y majestad, profundidad y cariño. Apresuran su tarea por ir a escucharle: es el nuevo, maravilloso

profeta a quien ya conocen y de quien son, en algún modo, sus discípulos.

Sin embargo, aún viven dentro de su mundo, dando vueltas a sus cosas. Pero ya la mirada divina de Jesús se ha posado sobre ellos: les está persiguiendo su corazón. Ellos no lo saben, - los hombres no sabemos de las proximidades de Dios -, más en realidad Jesús está cerca y los busca. Una voz amiga les hubiera insinuado: "Magister adest et vocat te." Ellos, en cambio, no lo sospechan. Tal vez ni pueden sospecharlo. ¿Por qué el joven profeta les había de buscar a ellos como compañeros? Era algo absurdo.

Los hombres estamos acostumbrados a no buscar sino allí donde reluce nuestro provecho y no acabamos de entender q. se puede buscar no para recibir sino para dar. Jesús precisamente andaba tras la pequeñez para llenarla de luz; lo humilde, lo escondido le arrastraba. Allá los grandes con sus fatuidades, allá los q. podían ofrecerle algo para su misión. Desde un principio había aniquilado en su alma todo ese egoísmo q. se esconde en las vísceras del hombre mientras un espíritu nuevo le nacía dentro: "Más vale dar q. recibir".

Así las almas grandes. Dar sin descanso, dar sin recompensas, dar, dar. Y ni siquiera en el don buscarse a sí propio. Acercarse con mansedumbre y delicadeza aún a los q. no nos llaman, volver a dar aun a los q. nos insultan con su desvío o no quieren sino chuparnos la sangre. Nada importa. Hay q. seguir dando, dando; dando con amor, con dulzura, escondiendo la postura de donados. Así como Dios q. hace salir el sol también sobre quienes le ofenden, así como Jesús q. se hace el necesitado para acercarse a dar con disimulo su don a estos pescadores. Hasta el gesto heroico si es menester en el ímpetu del amor.

A este propósito leía hoy un como símbolo de algo sugerente, arrebatador la vieja historia del urogallo

"

"El urogallo es "una de las aves más hermosas, robustas, arrogantes y ariscas de la creación... pájaro de fuego y esmaltes q. sólo puede cazarse durante una veintena escasa de días al año.

Arisco y receloso, un urogallo jamás deja acercarse un hombre a tiro de escopeta ... Tan rápido y duro es su vuelo, q. hace un ruido como de motor acelerado. Pero hay quince días al año en q. el rey alado de la selva cantábrica está enfermo de amor. Desde lo alto del haya más fina del bosque reclama a la hembra al llegar el repunte de la aurora, con tal exaltación, q. se congestiona su hermosa cabeza y queda por unos instantes mudo y ciego. Esos instantes los aprovecha el enemigo para avanzar. En tres o cuatro endechas de amor lo tiene a sus pies. Es la muerte."

(Del ABC aereo 12 Mayo 1955)

Es una aventura heroica, algo q. sale de la rutina burguesa de la vida; como quien dice una vida retirada, de perfección y una muerte a fuerza de don y de amor. Y algo de esto nos hace falta: un huir de las menudencias q. alborotan y q. no son sino ligerísimos momentos superficiales, un escapar de los consuelos blandengues de los hombres en quienes el amor es un acto, un accidente sobreañadido y no algo q. es la esencia propia y una esencia infinita como en Dios.

Hay q. odiar la vida mentirosa, inauténtica, anclarse en la verdad de las cosas q. no pasan y cerrar los ojos a la carne q. se va quedando; vivir en las selvas q. los hombres no ven ni visitan, vivir la eternidad en esta corriente sucesiva del tiempo q. nos mata la vida, esa eternidad esencialmente sin principio ni fin, sin cambio, q. es sólo Dios. Y el q. es de tierra sólo puede llegar a esto muriendo

a la tierra y buscando con ansia a Dios.

Desprenderse de los hombres no es difícil, ni lo es el alejarse de ellos para sobre en soledad las lágrimas de desamor q. a uno le quieran brotar. El apego a los hombres se hace papel mojado al poco de constatar su egoismo y sentir en vacuidad respecto de nuestro conjunto problema.

Pero no es esta una postura cristiana. Bien está el q. la costumbre de tratar no nos desborde el amor. Hay q. ir, sin embargo, más lejos, hasta alcanzar en los hombres como si nos fueran necesarios, hasta parecer mendigarles su amor por esto. será en nosotros amor verdadero, esto heroismo y santidad cristianas. Ahí va Jesús en busca de la barca de aquellos olvidados pescadores.

3 Y subiendo en una de las barcas, q. era de Simón, le rogó q. bogase un poco apartándose de la playa; y sentado en la barca enseñaba a las turbas.

En la actitud de Jesús hay una pintura admirable de firmeza y mansedumbre, de bondad y de dignidad, de alejamiento y de proximidad para con los hombres. El don absoluto de sí a los hombres origina el menosprecio; la familiaridad chabacana tiende a la unión de las carnes y no de los espíritus. Como Jesús se requiere un secreto interior q. no se ve, una puerta q. sólo se abre en medio de un respeto y un silencio reverentes. Allí donde se alzan las manos a Dios, allí donde ya no somos solamente hombres, sino hombres divinizados.

Mas para esto tiene q. existir ese tabernáculo sellado, esa auténtica vida interior que no es fácil. 17 veces pecamos solo amago, cuerpo q. se encabrita y busca carne. Es cuando se adormece el espíritu y se achican los ímpetus sobrenaturales. Sucede así por haberle dejado suelto al cuerpo y, por haber atendido poco al espíritu.

entre esos dos polos ha de girar necesariamente el caudal de la vida psíquica y, consecuentemente, las obras y los hábitos. Quien cultiva el cuerpo será injertado, todo él, por el cuerpo. Quien alimenta el alma, se echará a volar hacia las zonas altas [illegible]

En Jesús es asombrante su tersura del cuerpo, su olvido de la carne a pesar de ser como nosotros [illegible] de espíritu y de cuerpo. Lo maldijo al cuerpo porq. es constitutivo esencial del hombre caído, como ahora es, de sus manos, pero inundó el cuerpo de espíritu y así, transfigurado, se nos hizo modelo de hombres.

Buenamente q. esté apegado al cuerpo, a lo q. en el hombre es carne, no tendría simple de consagrados ni valía de apóstol. Sobre todo, espíritu de apóstol cristiano. Es q. no tendría ojos limpios como para ver a Dios, ni corazón dotado como para vivir el amor del cielo. Además tendría su ser cargado hacia la carne, asomando por la bajeza, y los hombres se escandalizarían de él y no prestarían oído a sus palabras.

Estos apegos, esta sumisión en la carne sólo se superan definitivamente, triunfalmente cuando la desbordada inundación de Dios se entra en el alma. Entonces el espíritu transfigura el cuerpo q. alado y como transparente ya no es sino el limpio vestíbulo del alma, el camino por donde se respiran las grandezas sin fin de una vida interior derivada.

La carne sexual todo lo hace mal, tanto en su violento apego animal como en sus dulzuras calores. La carne sólo puede tener apariencias de caridad sin entender de las delicadezas del espíritu enamorado, copilla de Dios q. es caridad, con una manera de caridad infinita, sobrina, más amorosa q. todos los amores y más alta q. todos los cielos. Tal templo de caridad q. en Jesús, a través de su cuerpo y de su palabra, de su gesto y de su sonrisa, se transparenta.

Por eso Jesús le ruega a Simón. Que le suelte [illegible] ¿Por qué? Yo no sé qué

de dignidad y de delicadeza hay en este acercamiento y en esta petición de Jesús. En el fondo está brillando toda la fuerza de la divinidad q. le hace resplandecer con esa superación maravillosa de lo q. es carne. Hay una palabra de Jesús, densa como todas las suyas, valiente como un programa de renovación

Spiritus est qui vivificat, caro non prodest quidquam. El Espíritu es el q. vivifica; la carne de nada aprovecha, Joan. VI, 64

Para qué la carne? Y Jesús no tuvo nunca la menor condescendencia con ella. La carne es para q. la tierra salte hasta el cielo, para q. esta inteligencia nuestra q. se agarra a lo sensible para poder volar, sienta el pálpito nuevo del Espíritu q. nos diviniza. La carne bien disciplinada es trampolín para la elevación del espíritu, empuja al salto de la estética, la inteligencia y la vida. Pero todo esto nace del espíritu y, por eso, es él, sólo él, quien de verdad vivifica y alienta, pero no el espíritu minúsculo y creado encedado en los apegos de la carne sino el Espíritu increado, el Espíritu por antonomasia, el Espíritu de quien todas las almas cobran su elevación y por quien hasta la carne se transfigura en los mayores aciertos de la caridad y de la entrega.

Con los individuos y con las masas, en la palabra silenciosa y el ruego amable a Pedro y en el mensaje múltiple q. con energía y con amor se derrama entre la multitud. Siempre el mismo, siempre fiel a sí mismo porq. la carne no le desfigura, porq. el espíritu y la divinidad le alzan hasta esta cumbre de ideales. Así es Jesús, q. El es el Verbo hecho carne, el mismo por quien un día, allá en la lejana vejez de los años, echó a rodar ese universo maravilloso y sin fin q. aturde y embriaga a la mente q. sospecha, aún entre rendijas, la inconmensurable presencia

de Dios.

Y este Jesús enseñaba a las turbas, q. nunca la grandeza genuina ha apartado del pobre. Les enseñaba porq. les amaba, porq. veía en ellas toda la dignidad actual y potencial de sus almas, incomparablemente superiores a todos los universos infinitamente grandes y pequeños q. hoy aturden a los astrónomos y a los sabios. Les enseñaba porq. entendía esa misión magnífica del q. ha nacido para dar, todavía más, para darse, para llevar hasta los corazones más pequeños, más enceguecidos por el predominio de la materia, el mensaje eterno, divinizador de la vida divina.

Jesús enseñaba a las turbas sentado sobre la barca en un mar tranquilo. Temía q. salvar esas almas, por más q. parecieran gente ruda y sin transcendencia. ¿No es suficientemente transcendente el hacer q. un hombre, quienquiera q. fuese, aprenda a ser de verdad hombre, y se alce después hasta su auténtico sentido de cristiano? Vivir la verdad, medir las cosas desde los ojos veraces de Dios. Y entonces todo cambiaría, el mundo nos parecería de sueño, tan renovado, tan maravilloso lo encontraríamos. Nada nos secaría el alma, ni la rutina ni el nerviosismo superficial, siempre conservando el profundo mirar divino de Jesús, su soberana elevación en perpetuo contacto con lo q. es eterno en la vida q. pasa

4 Y en cuanto cesó de hablar, dijo a Simón: - Boga mar adentro y soltad vuestras redes para la pesca.

Llegó un momento en q. Jesús dejó de hablar a las turbas. Ni antes ni después. Precisamente cuando debió terminar. Las gentes querrían sin duda seguir escuchándole, sobre todo, esas almas inquietas q. sin saber lo q. tienen, al oír una voz nueva q. las saca de su vacío interior oyen sin

cansarse, ansiando siempre más como para huir de su problema interior o como para no enfrentarse con la propia desnudez.

Después el mandato raro, hasta misterioso: "Boga mar adentro y soltad vuestras redes para la pesca". Toda palabra de hombre está llena de misterio, un misterio q. comienza ya en la fisiología y en la biología pero q. sólo culmina en su dimensión total de hombre con su ápice en el espíritu.

Cuando un hombre dice su palabra, es decir, cuando es un hombre de verdad quien de verdad habla, esa palabra tiene no sé qué de creador. Pero hace falta q. la diga un hombre. Hace poco leí un articulito menudo en una revista también menuda. Se titulaba así: Charlot; profesión: hombre. Hombre porq. va midiendo dentro todos los pasos de su soledad, rumiando todas las tristezas de quien tiene q. hacer de "clown", cuando se llora por dentro! Y dicen q. su película "Candilejas" es precisamente por esto, por lo q. vale, por llevar adelante ante el tema manido la tercera dimensión q. únicamente valora a fondo las cosas "su fiel humanidad".

Siempre es menester reiterar una y otra vez el pasmo de la meditación ante la figura social de Jesús q. se entrega a los hombres en tan cabal medida de amor y don de sí; ese don q. no lastima por ser recibido casi sin sentirse como algo q. nos es debido, algo q. hacemos un favor recibiéndolo, siendo como es el don q. más lejanamente supera nuestra exigencia humana.

Ahí está Jesús siempre empeñado en dar, constantemente inclinado sobre los hombres en ese gesto inigualable del equilibrio sostenido entre su dignidad sin límites y su abajamiento tan cercana. Es la callada presencia de Jesús q. en el don de su palabra deja al alma levantada sobre sí como en esos silencios purificadores y creadores. Ha florecido el silencio. Y cuando las palabras son

eso: flor y fruto de un silencio, de un acallamiento de lo bajo, de un apartamiento de la carne, tienen todo el misterio y toda la eficacia. Han nacido de los grandes silencio.

Palabras, de verdad eficaces

5 Y respondiendo Simón, dijo:
Maestro, con haber estado bregando toda
la noche, nada cogimos; pero sobre tu pa-
labra soltaré las redes

Eso es precisamente lo q. nos golpea en este texto, la eficacia de la palabra de Jesús. Aquel veterano pescador q. era Pedro, abandona su propia convicción ante la virtud superior de aquella palabra q. él no conocía aún hasta el fondo. Viene a decir con lenguaje llano y directo q. él no lo haría, q. toda la noche anterior ha sido un fracaso y está, por lo tanto, cansado de cuerpo y alma, pero q., sin embargo, sólo por la palabra de Jesús, cambiará toda su postura.

Desde el comienzo va sintiendo Pedro q. detrás de aquel perfil humano, hay algo más; desde un principio no sé qué fe en algo incógnito y superior se le va metiendo en el alma y transformándole su mirada sobre Jesús. Ese algo más es el q. va atando el corazón de Pedro con secretos impagables vínculos.

Son las misteriosas fuerzas de la fe, las tan encendidas luces de la obscuridad. Y así por la fe los ojos se vuelven tan claros q. ven ya lo q. los otros no ven. Mirando desde la orilla de acá, los hombres no podemos entender la energía secreta en el actuar heroico de los santos. Es q. no percibimos ese otro mundo maravilloso q. para ellos les es mucho más patente q. el de los sentidos embobecidos y los conceptos presuntuosos. Ellos tras el hombre ven a Dios y saben q. en su prójimo está Jesús recibiendo su amor y su servicio. Si así no

fuera, tampoco ellos podrían amar y darse a todos los hombres con totalidad, a los q. devuelven amor con sinceridad, es decir, a los q. se entregan enteros al recibir el don del otro entero, a los q. devuelven amor con egoísmo porq. así les conviene, y a los q. no devuelven sino egoísmo a cambio del amor entero y constante q. se les ha ofrecido. Dar siempre y a todos, darse en el amor con absoluta limpidez y renunciamiento, es imposible sin la fuerza descubridora de la fe. Sin ella tal vez se pueda ofrecer el don frío de las obras de amor, jamás el amor caliente q. se traslucе en las obras.

Sólo los q. ven a Jesús, los q. le ven a El, sólo a El tras las figuras leprosas de carne, sólo esos pueden con el gran destino del hombre: Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

San Pedro sospechaba - solamente eso: sospechaba - todos estos misterios de la fe mientras se afilaba su mirada en busca de lo incógnito. Más tarde, cuando ya Papa, vicario primero de Cristo, haya llegado a la plenitud de su fe, escribirá:

Humiliamini sub potenti manu Dei
I Petr. V, 6

Es q. ha reconocido en el largo correr de sus años, la mano infinita de Dios q. lo rige todo. Y lo q. ahora no es sino sospecha se le tornará luego en luz esplendorosa. En el lago ante la palabra de Jesús, esa palabra avasalladora de Jesús, echará sus redes al agua. Después, cuando sobre su cabeza ya posó la llama fortalecedora de Pentecostés y recibió la nueva Palabra q. le hacía pastor de corderos y ovejas, ya no se reducirá su obediencia y su fe a una ocasión perdida sino q. toda su existencia correrá humilde, sobrecogida de fe

y de amor, bajo la poderosa mano de Dios.

Magisterio Jul. 55 6 Y como esto hicieron, prendieron gran cantidad de peces, y se rompían sus redes.

Así, con el laconismo de las obras grandes y silenciosas, con la eficacia de las palabras cargadas de fe, con la divina omnipotencia de Jesús. Era una obra q. respondía al mensaje vivo de una palabra eficaz. Hasta romperse las redes... Es la recompensa de la fe. Hoy como ayer las grandes conquistas, son los triunfos de la fe. Se comprende. Es q. sólo es grande lo q. de Dios procede. El impulso de las alas humanas no empuja a los saltos más allá del horizonte rutinario, caduco. En cambio, cuando Dios alienta el propio braceo fatigoso, todo se transfigura. Y esta ayuda de Dios viene al q. vive de la fe, al q. cree de veras en El.

El argumento es claro: sólo de Dios puede venirle al hombre algo de verdad grande y para q. venga algo de Dios, menester es q. vayamos a buscarlo en alas de la fe. Entonces, sólo entonces se transforma la vida hasta adquirir sus decisivas dimensiones.

Todo lo q. el hombre a sus solas puede no dejar de ser minucias. Minucias, es cierto, q. abren paso a un misterio y, por el misterio, a la sola grandeza q. es Dios; el misterio, la esfinge q. el hombre es.

Este misterio lleva, en efecto, a Dios.

La Esfinge es la Vida, q. procuramos explicar, y la Humanidad q. intentamos entender...

La pregunta del monstruo en el camino de Tebas se refiere al hombre... Edipo responde: "Es el hombre" y, respondiendo, revela q. toda la preocupación de la Esfinge es el género

humano.

Descifras la Esfinge es la preocupación del hombre.

Descifras al Hombre es la preocupación de la Esfinge.

Edipo descifró a la Esfinge, mas no descifró al hombre...

El Edipo de Sófocles simboliza toda la vanidad de la ciencia q., apoderándose de los secretos de la naturaleza, no consigue, entretanto, resolver el problema de la Vida. Es q. Edipo no descifró al Hombre.

Sólo la Esfinge descifra al Hombre; sólo Edipo a la Esfinge: la clave de todos los misterios será revelada por Edipo-Esfinge.

Edipo descifró a la Esfinge-Naturaleza y dejó al Hombre en las tinieblas.

Jesús descifrará a la Esfinge-Hombre e iluminará a todo el Universo.

(Elmiro Salgado, Vida de Jesús, pg. 63-69)

Hay en estas líneas unas cuantas cosas bien notadas: el problema q. el hombre es, la esfinge inquietante q. el hombre se es a sí mismo. Lo han visto todos los grandes hombres y, en conclusión, en cifra, poetas y filósofos y todos los q. como hombres integrales se acercan al misterio de la vida, no han hecho sino corresponderse a su manera ~~poetas~~ algo q. les ilumine su propia tiniebla interrogante. Ahí está la inquietante pregunta q. es el mismo San Agustín: Factus erabr ipse mihi magna quaestio, S. Agustín q. ante todo hombre es para sí mismo un problema y para los otros, tal vez, un problema mayor.

Imaginando, imaginando, se me ocurrió

hace unos días, preguntarme qué le predirían a Jesús si volviese a aparecer en este aquí y entre estos nosotros q. ahora vivimos, los q. me rodean. Yo pensaba en mí. Pero sin quererlo, por un impulso de sinceridad, se me apareció súbitamente la respuesta, mi respuesta. Yo le diría, al menos este fué mi primer movimiento, que me dijese cómo soy yo. Es q. yo también como hombre me soy a mí mismo una esfinge y un problema.

Y en esa frase la esfinge q. el hombre es, hay un doble sentido fundamental: uno, la verdadera esfinge, la radical cuestión incógnita q. el mundo tiene desde nuestro ángulo visual, es el hombre; otro, q. el hombre es para sí mismo un misterio. Porq. es para sí mismo un misterio perturbador, porq. este misterio es tan vivo q. hace temblar de inquietud y de ansia todo mi ser, por eso la principal pregunta, la esfinge por antonomasia q. para nosotros existe, es el mismo hombre: el hombre como pregunta y el hombre como ser.

Esfinge q. los hombres no han resuelto, para la q. no han podido dar ni una respuesta lógica, mucho menos ontológica.

No han dado una respuesta en el terreno de la lógica, es decir, una solución conjunta intelectual q. le diga a cada individuo lo q. es en realidad, aunq. de hecho no pueda proporcionar el remedio real q. el propio fracaso necesita. No la ha dado la filosofía de hoy para la q. mi conjunto el ser es de suyo luminoso, inteligible, esta filosofía, q. no sin razón aunq. sin razones lógicas, nos está diciendo q. el hombre es angustia, confusión, mezcla atormentada de ser y no-ser, compuesto en q. la Nada es uno de sus radicales componentes. Pero tampoco la ha dado la filosofía racionalista ni la de ayer ni la de hoy, porq. no es cosa de responder al hombre con silogismos y con conceptos universales

q. desbordan y sobrepasan, apenas sin zozobra, la propia singularidad del individuo.

Y, en consecuencia, los hombres, los silamente hombres, no han prestado al hombre una radical solución ontológica, algo q. de hecho, remedie el ser atormentado por la propia finitud y el cotidiano fracaso.

¿Dará esta solución Cristo? De hecho, aquí sí por un exacto y contundente argumento racional, El la debe dar, la tiene q. dar, ya q. es el legado de Dios entre los hombres, el enviado del cielo para ayudar al pobre y consolar al afligido, es decir, singular y llanamente al hombre, q. es, casi por definición esencial, un pobre y un afligido. El debe traer esa solución, si esa solución es posible en su totalidad durante esta vida. El debe traer, si esta solución integral no es posible, siquiera las dos gotas de agua q. pedía para su garganta reseca aquel rico de la tierra, de las cosas de la tierra.

Para el hombre no es tan difícil saber las cosas q. tiene, con ese tener superficial por más q. sea de cosas íntimas. Lo q. le es difícil-oso y, al parecer casi insuperable, es saber lo q. es. Ya es mucho llegar a distinguir lo q. uno tiene de lo q. uno es, en estos tiempos en q. la ligereza y el embrutecimiento del hombre ha hecho q. como connaturalmente se le estime al hombre por lo q. tiene y no por lo q. es. El hombre es para muchos hoy, lo q. tiene. Y este es el absurdo a q. hemos venido a parar por un aferramiento imbécil al más sobrio significado de la propiedad privada. (V. lo q. he escrito sobre la alienación en el "De Hegel a Marx".)

Cuando más, cuando más, se accede a estimar al hombre por lo q. parece ser, por lo q. aparenta, olvidándose el estimador por lo q. tiene. Es cierto q. no se nos ha dado, al parecer, otro modo de percatarse de lo q. los otros

son en su interior sino por sus manifestaciones, es decir, por sus apariencias: "por sus frutos, por sus obras los conoceréis". Mas estos frutos y estas obras no son para nosotros, las apariencias de nuestras manifestaciones externas, sino las obras verdaderas de nuestro ser interior ..... "Y el Padre q. ve en lo oculto de los corazones..."

Y este secreto distinguir de lo q. somos sobre lo q. tenemos, de lo q. aparecemos ante nosotros mismos de lo q. en verdad somos, es algo q. debemos saberlo de labios de Jesús.

El ha dado una respuesta q. marca la ruta universal del ser y del destino del hombre. Mas El también nos está esperando para q. mano a mano, en la intimidad cada vez más honda de la charla diaria, nos diga nuestro sendero singular, inconfundible, aquel q. nosotros mismos somos y por el q. caminamos sin saberlo.

El enigma q. el hombre es nace del misterio de la vida, de esa vida q. amordazada y reprimida durante tanto tiempo, empuja ahora en explosión fantástica. Estamos en días de desbocada subjetividad, pero no una subjetividad ideológica al estilo panlogista hegeliano. Sino una subjetividad vital. Y ya no se quieren esos carriles objetivos q. aprisionan al alma en su evolución filosófica. He ahí, una de las discordancias q. la escolástica tiene con nuestro tiempo: en ella es casi imposible meter la propia personalidad, la personalidad, sobre todo, de problemas propios, tales, de angustias e interferencias personales. Y esa personalidad quiere gritar su palabra, desbordarse. Por eso tanta filosofía de hoy se ha hecho poesía, expansión viva del alma en moradas ese sí profundas y, aun tal vez, últimas.

Pues bien: ahí viene Jesús con su mensaje humano y subjetivo, lejos de las abstracciones esencialistas. Mensaje q. se concretiza más al proble-

ma de cada uno en el trato personal. Mensaje q. es menester recoger de su presencia viva en el evangelio. Es la respuesta cognoscitiva al misterio del hombre.

Y enseguida la respuesta ontológica, la q. remedia el ser herido de contingencia. Y esa respuesta viene ya en su palabra amiga, esa palabra q. se acerca hasta donde las voces más amigas no llegan, esa palabra q. se mete hasta donde ni siquiera nuestra propia palabra se acerca cuando avanza solitaria.

Pero volvamos al misterio. ¿Qué es el hombre? El hombre es ansia de vida, de felicidad. El hombre es egoísmo. Dirán, ya lo sé, muchos q. no, dirán q. a lo sumo estas son propiedades del hombre, algo q. se tiene, ~~pero~~ y no su esencia algo q. se es. Bien, dejemos el q. este egoísmo y esta ansia de vida no pertenezcan a la esencia metafísica ni a la esencia física del hombre. Siempre con todo quedará q. el hombre es esencialmente egoísta, q. ansía esencialmente su ser, su vida aun en el momento de destruirla. Y si esencialmente, es decir, necesariamente, es eso, tenemos q. en su esencia están las raíces de estas propiedades, tenemos pues q. el hombre es un egoísmo, es una ansia de vida.

Leía a Ibsen en su drama Juan Gabriel Borkman. El hace de lo q. he dicho sobre egoísmo y sobre ansia de vida, tesis explícita q. surge a flor de labios en todos sus personajes en unos más desnudamente q. en otros. Dice Erhart: "Me pides un sacrificio q. no puedo hacerte... Yo soy joven... me ahogo aquí... no puedo vivir aquí... Yo no puedo consagrar mi vida a expiar las culpas de otro sea quien sea ese otro... ¡Soy joven! ¡Quiero vivir! ¡Vivir mi propia vida!... Yo siempre te quiero, mamá. Pero no puedo seguir viviendo exclusivamente para ti... no quiero trabajar en este momento. ¡Soy joven!... ¡No quiero trabajar! ¡Quiero vivir, vivir!... ¡Quiero ser dichoso! No deseo más q. una cosa: la felicidad. ¡Soy joven!

¡Quiero la vida! ¡La vida!... No me preocupa el porvenir. ¡No me preocupa nada! ¡Vivir es lo único q. quiero"

No es q. de un personaje dramático quiera sacar la esencia del hombre. No, es al revés. Ibsen ha plasmado la esencia del hombre en un personaje dramático, q., por circunstancias de edad, de carácter y de educación, se nos manifiesta con mayor precisión y aun con algo de caricatura por el excesivo hincapié y relieve de los trazos. Mas todos los otros personajes: Juan Gabriel, Ela, la señora Borkman, Fanny Wilton y aun Foldal, no son sino diversas manifestaciones de su peculiar ansia de vida y, consecuentemente, de su especial egoísmo. No es q. todos los personajes sean esquemas o símbolos. Todo lo contrario son reproducciones vitales, cada uno con su diferencia dísimo carácter vital.

Es q., vuelvo a repetirlo, hay un radical egoísmo en el hombre, tal vez en todo ser si es q. ningún ser puede dejar de apetecer lo q. le es conveniente y porq. le es conveniente. Es ciertamente un egoísmo en diversa escala. Y aun se pudiera estimar q. es un abuso de lenguaje, llamar a este simple obrar por propia conveniencia, egoísmo. Con todo ahí está la raíz de todos los egoísmos, de los más dispares egoísmos: los más crasamente utilitarios y los más sutilmente escondidos y purificados.

Sin salirnos de la obra de Ibsen, ahí está Juan Gabriel Borkman. Sus primeras palabras como de exaltación al mineral q. canta "porq.va a ver la luz y a servir a los hombres" 58 parecen sugerir un espíritu desprendido q. intuye la grandeza del servicio a los hombres q. se hace luz de la propia alma. Pero enseguida asoma, al menos, su superestructura q. tal vez entierre su ser primitivo: "¡No cometas nunca la locura de dudar de ti misma!" 60 Y enseguida: "Quien quiera verme, q. venga por sí mismo. Yo no invito a nadie" 62 "Sí, ese es nuestro mal: la maldición q. pesa sobre nosotros los solitarios, los elegidos. La masa, la multitud, la mediocridad

no nos comprende" 65. "Nada más duro q. no ser comprendido" 68 Tiene un hondo rasgo de egoísmo, veraz y por eso más significativo, cuando le dice a su pobre amigo poeta q. trae a leerle un drama escrito hace años y q. le propone leerle algún acto: "No, no. Otra vez será". 69. "Cuando suene la hora del ani desquite... Cuando se convenzan todos de q. no pueden prescindir de mí... Cuando vengan todos aquí, a este salón a suplicarme de rodillas q. vuelva a empuñar el timón" 69 Hundido en sus pensamientos, sólo lo suyo le parece grande, digno de atención... "Los hombres excepcionales no tienen necesidad de motivos" 81 "Ya no te necesito" 82 le dice a quien no cree ya en su futuro hoy anublado. Porq. una cosa le sostiene a Borkman en su larga noche negra, la esperanza en el futuro, la rehabilitación de su honor perdido

Por ese egoísmo feroz, brutal en Borkman, identificado con todo su ser porq. le ha sorbido todos los jugos hasta aniquilarlos o, al menos, hasta empozoñarlos, llega hasta a matar el amor q. en sí siente para prostituirse en aras de su fama, de su hambre de deslumbrar y de poder. Más aún llega a matar el amor en otra persona. Por eso le dice la mujer abandonada a pesar de q. la quería y de q. tuvo para ella la delicadeza de no enredarla en esa catástrofe externa de perder el dinero: "¡Eres un asesino! ¡Has cometido el pecado de muerte! ... ¡Has matado en mí la vida de amor! ¿Comprendes lo q. esto quiere decir? Las Escrituras hablan d. un pecado misterioso para el cual no hay remisión. Hasta ahora no he comprendido qué pecado podía ser ese. Hoy lo sé. ¡El pecado q. no tiene perdón... es matar la vida de amor en un ser!.. Hiciste traición a la mujer a quien querías... No temiste sacrificar a tu codicia l. q. tenías de más querido en el mundo..." 15-96

Y le responde Borkman "Sí, Ela, lo hice! ¡Tenía una sed tan grande de poderío... Subí, su

bí" 98 Col. Univ. Madrid 1936

Y así sin cesar. Egoísmo, siempre egoísmo q. no es en el fondo sino un desesperado esfuerzo por sacar adelante el propio yo q. sentimos hundirse. Por eso, no es tan detestable, porq. no es sino un grito de muerte q. lanza a cada instante el pobre yo q. se siente morir sólo, abocado a la nada, trenzado de límites.

Sólo Dios, arriba, d. quien nada puede dar ni sustraer, sólo El no siente esos impulsos feroces q. se excitan frente al fracaso y la debilidad. Sólo en el ser infinitamente perfecto caben pactos, tranquilidades, contentamientos consigo mismo. En los demás consciente o inconscientemente no puede haber sino desconfianza. Radicalmente el egoísmo procede de tal desconfianza. En los demás no puede haber tampoco contentamiento plenario por el apoyo en otro ser finito. Ya sé q. los enamorados afirman otra cosa al asegurar q. se sienten embriagadamente felices, plenos. Mas eso es un instante. Y lo q. es de un instante, lo q. es valedero para un único momento transitorio, no es verdad. Desde sus proyecciones eternas se percibe tan sólo lo q. es definitivamente verdad.

Por eso decía q. el hombre es egoísmo. Y en esa su debilidad radical están explicadas muchas, si no todas, de sus actuaciones. El ser explica l. actuación y ésta descubre aquella. Tantos gestos como adoptamos, tantas posturas con q. nos encubrimos, no ocultan nada. No son sino el anuncio público d. nuestra intimidad, dicho al revés. El enderezar la figura q. percibimos trastocada no es ya, después de larga reflexión vital, sino una operación tan fácil y aun inconsciente como la q. ejecutamos con las imágenes q. nuestra retina invierte.

No es así siempre. No es así todo. Hay un ser q. no es finito, q. no es contingente. Y por El se explica aun lo q. no hay de mezquino en la criatura. Ese ser es Dios, y Jesucristo es Dios. También los hombres podemos participar d. l. divinidad.

Este Dios oculto no hace gestos. No tiene nada q. aparentar. Los gestos q. adopta son, al contrario,

formas misericordiosas con q. nos anuncia su presencia consoladora. Los gestos son siempre en El inferiores a su ser, ventanas finitas q. abre a nuestra débil intelección. Tuvo una vez un gesto magnífico e infinito. Este gesto q. fué la Palabra q. a sí mismo se dijo y q. se decía a sí mismo entera fué el Verbo. Y este Verbo al asumir al hombre y revestirse de carne adoptó este gesto humilde q. oculta y empobrece a nuestros ojos su dimensión infinita.

Nunca pues lo divino tiene gestos declamatorios y grandilocuentes, pues nunca se resiente de egoísmo y debilidad.

Con el gesto sobrado y el afán conquistador q. pretende arrebatar en el contorno humano los harapos con q. rellenar el propio vacío, el egoísmo puede adoptar otras varias formas. Una de ellas es el replegamiento.

El replegamiento sobre sí mismo, el no querer vivir sino de los mezquinos horizontes es también un fruto de la propia debilidad. Siquiera dentro d.l. propios límites el hombre puede disimular ante sí sus radicales flaquezas. Allí se refugia para olvidar su pequeñez. Y no permite q. se amengüen esas escasas gotas de felicidad q. dentro de sí avaramente esconde con las molestias q. el trato y el servicio a los demás importan. Flujos y reflujos de la misma corriente.

Tampoco lo divino tiene estos replegamientos y estas huidas del servicio social tan características del egoísmo. Por eso Jesús tiene esa mansa seguridad y ese continuo darse a los q. le rodean. Sólo en su espíritu se vence -hasta donde es posible- la atracción de esta órbita cerrada q. nos aplasta contra el yo egoísta.

7 E hicieron señas a los compañeros q. estaban en la otra barca, para q. viniendo les ayudasen. Y vinieron y llenaron ambas barcas, tanto q. se hundían.

Se había ejecutado ya la obra grande, inesperada.

Mejor se había realizado. La habían encontrado realizada. En la vida son muchas las cosas q. hay q. hacer, hasta el punto de q. no dice una falsedad ni siquiera una inepcia quien asegura q. la vida es un quehacer. ¡Qué hacer da la vida! Sobre todo para alcanzar algo, para elegir dolorosamente nuestra manera de ser superior. Pero, a pesar de eso, las cosas q. ejecutamos como quehacer doloroso no alcanzan las grandes cimas, las definitivas. Al menos si el quehacer es solitario y exclusivo. Las cosas grandes nos vienen realizadas, nos son dadas como la misma vida. Las cosas grandes superan el ámbito d. nuestro empeño.

Jesús vino a abrir la torrentera de esas cosas q. nos resultaban inalcanzables.

Los hombres pueden dividirse bipartitamente según muy distintos cánones. Uno de estos es la nota de inalcanzable: Los q. sufren y los q. no sufren por lo inalcanzable, los q. sufren por no ser más o por ser menos. Los q. padecen por ser menos con ese padecer íntimo q. se puede considerar no causado directamente por los otros, no se puede asegurar q. carguen sobre sí la cruz de lo inalcanzable. Tienen cruz porq. padecen. Mas no es propiamente ~~esa~~ la ~~cruz~~ de lo ~~inalcanzable~~ entre.

Entre los q. se duelen por no ser más, los q. les duele el no ser más, se da sí esta pasión de lo inalcanzable. Pasión por lo q. se sufre, pasión porq. ese sufrimiento viene de esa tensión hacia algo q. les es aquí -por eso es pasión dolorosa- inalcanzable. Ver cómo se vuelan las hojas de la vida, ver cómo el viento pasa -o hace caer- sin q. apenas nos demos cuenta y sin q. podamos impedirlo, estas hojas q. se nos van del alma

Sin dejar de ser uno mismo, se quiere ser otro. Un otro q. no llegará porq. es inalcanzable. Entonces se sienten los problemas q. angustian e imposibilitan al alma, la dejan trullida, sin poder atender más q. al propio problema, al propio dolor. Quizá, quizá fuera ésta la vida mejor. Porq. sintiendo los problemas propios, se siente uno a sí mismo, se siente cómo alienta el pecho: sube y baja con el pálpito de la vida, se siente el dolorido pal-

pitar del corazón. Y todo esto es vivir y no ese tristísimo ser vivido sin vivir. Porq. aquí sí q. hay pena, aquí sí se da el problema: el problema d. no tener problema, el dolor de no tener dolor, de no tener vida, de andar desvivido con las cuatro ideas ajenas q. uno puede alcanzar cada día. Ese es el mal de vivir bien. Mal porq. en ese estado no es fácil andar en busca de Dios.

No sé por qué allá cuando nos sentimos bien se olvida y se escapa del alma el ansia de Dios. Debe de ser porq. en numerosas ocasiones a Dios no lo buscamos por sí mismo sino como fuente de nuestro ser y nuestra felicidad. Esto es ciertamente buscarle por lo q. es, pues Dios es en verdad eso. Mas no es buscarle por todo lo q. es. Que entonces tendería el alma como una flecha vibrante, recogida y ardiente hacia aquel centro lejano y presente. Entretanto mirando hacia acá abajo, tratar de pasarlo bien.

Por eso son de bendecir los problemas y las angustias cuando nos sobrevienen, a pesar del carácter de no ultimidad q. tanto los unos como las otras tienen.

Estas cosas como todo lo q. siendo del hombre no es el hombre tienen ciertamente función de medios para el fin q. consiste próximamente en alcanzar el hombre toda su medida de tal.

Esa posición esclarece ciertas oscuridades. Una de ellas el abrazo o el repudio de los problemas q. angustian el entendimiento y aun la vida entera, problemas q., claro está, no suponen siempre una aporía metafísica. El entendimiento humano es un utensilio para q. el hombre lo sea con mayor plenitud. Rinde todas sus virtualidades cuando es aguijoneado por el anhelo del problema. De lo contrario se pierde en vaporosas inutilidades extrínsecas q. no encienden los caminos de la vida.

De ahí q. sean de bendecir los problemas y los dolores, esos problemas dolorosos q. también Jesús afrontó para iniciarnos en la vida verdadera, esto es en la vida q. de verdad lo es, la vida q. cumple su ser y su

definición de vida.

Cuando estos dolores se llevan con el gesto viril del q. unge su cabeza cuando ayuna, cuando no se transparenta por de fuera la amargura q. dentro nos sacude, es q. la vida está adquiriendo su ~~[illegible]~~ sazón más madura. Entonces al recorrer el mezquino repertorio de las soluciones humanas, palpa el propio corazón con la medida honda del sufrimiento q. sólo en lo divino está su paz.

En el fondo todos los q. ansían por lo inalcanzable, ansían por lo divino. Por eso precisamente les resulta inalcanzable. Lo divino no es suyo, ni les es asiguible. Por eso las grandes cosas se nos dan, pero en premio a nuestro anhelar sincero, a haber remado con Jesús en la barca mar adentro, y echado, después de tantos fracasos nuestros, una vez más, las redes, fiados en su palabra. Hasta q. se hunda la propia barca llena de divinidad y llamemos a los hombres, primero a los amigos, para q. vean con ojos asombrados el milagro q. la presencia de Jesús opera sobre el dolor del propio anhelo q. fué esperanzado a buscar en su persona el cumplimiento y la paz para esta pasión de lo inalcanzable.

Jesús acompañó a los suyos, a sus amigos en toda la aventura. Se hizo invitar con aquella palabra firme y suave q. un día se apagará entenebrecida en la Pasión cuando el dolor irrumpa y anegue su alma. Desde siempre una sombra amarga oscurecía su corazón. Vino él a sufrir... y el sufrimiento no podía ser cosa de veinticuatro horas dolorosísimas. Desde luego en breves instantes Dios puede henchir de tal suerte el cáliz de la amargura q. reviente el propio ser en busca de la nada. Y de verdad Jesús padeció en las horas de su Pasión sin medida. No podemos ni sospecharlo. Todo dolor es inmanente y ~~es~~ en consecuencia, insospechable para quien no lo sufre en la carne de su alma, en lo más vivo de su ser. Pero un dolor como el de Jesús en q. se entregó a soportar todo lo q. l. naturaleza humana es capaz de padecer bajo la omnipotencia de Dios, desborda aun los cálculos más excesivos.

Por eso tuvo q. sufrir más. Y sufrió a lo largo de

su vida para q. los hombres podamos también afrontar lo q. la vida seriamente vida, es decir, la vida vivida tiene de dolor.

En Jesús es lo de menos q. unos pasos sean dolorosos y otros tranquilos. La tragedia y la verdad están en su interior, en lo q. El es por dentro, en lo q. allí en su intimidad le acaece. En definitiva al hombre nada le acaece en serio sino lo q. le acaece dentro de sí. Entre los mayores triunfos externos puede abismarse en el fracaso el propio yo, y entre las más grandes afrentas puede sublimarse y serenarse el alma. Lo de fuera condiciona mucho el acaecimiento interno, pero sólo tiene profundo valor en cuanto puede ser repercusión interna. Y a Kempis le pareció q. toda la vida de Cristo fué cruz y martirio. Unos acontecimientos de su vida nos patentizan esto más q. otros, pero por cualquiera de ellos es factible la escapada a su interior dolorido.

No es ésta una visión pesimista. Cuando Jesús ha renovado su mensaje sensible para los tiempos modernos ha mostrado un corazón herido, apesadumbrado por el peso de una cruz, apretado por un collar de espinas y ardiendo con la quemazón del amor. Todos los q. aman con exceso en esta vida viven reventados de dolor porq. nada en este mundo puede lo suficiente con este misterio del amor, siempre, aun en el mejor de los casos, incomprendido y no correspondido como la vida q. es siempre e irremediablemente exclusiva de cada cual.

En Jesucristo además está el misterio imposible de su divinidad. No podemos comprender q. una de las tres personas divinas sea diferente de las otras con esta abismal diferencia de haber asumido la carne humana para juntarla en unidad de persona consigo. Y no podemos tampoco entender qué pavores misteriosos sobrecogían a aquella débil pared de carne sacudida por el ventarrón de la divinidad. Y todo esto es de la verdad más íntegra de Jesús.

Lo otro, lo q. sucede por de fuera, más q. todo son las reacciones de los hombres con El, unas veces gozosas otras – misterio sin orillas – de desprecio, insultantes, unas

veces tenido por un cualquiera, otras por el peor de los hombres. Vermis et non homo.

Todo esto se encubría – porq. Jesús es el gran encubridor de sí mismo en lo q. tiene de más valioso y profundo – mientras miraba y acompañaba a Pedro en su barca. Le miraba porq. le amaba; y uno no entiende cómo todo un Jesús podía amar y preocuparse por un pobre hombre como Pedro. Sin embargo, por ese pobre hombre, por Pedro Jesús se dejaría romper las carnes a golpe de latigazos, hecho befa y sarcasmo de sus verdugos. Y ese dolor y ese fracaso, ese ocultarse pavoroso de la divinidad, lo podía ofrecer ~~por~~ Pedro solo, como por cualquier hombre solo. No se entiende este amor de Dios. ¿Qué verá Dios en el hombre? Uno no sabe sino compararlo con los enamoramientos de los hombres y exaltarlos con el amor infinito de la divinidad. Así se sublima el objeto amado y donde los otros hombres no ven nada, el amante ve horizontes sin fin en la gotita más menuda. Cuando aun así el objeto amado, es decir, la persona amada se rebela, no hace caso, desprecia todo y aun ofende, todavía queda al alma gigante de Jesús aquel grito admirable: "Padre, perdónalos porq. no saben lo q. hacen". Eso es amar, amar desbordadamente, amar más allá de toda mezquindad. A Pedro, después de aquel abandono de su triple negación, le perdona porq. no sabe lo q. hace, y aunq. lo supiera... porq. ama así Jesús sin medida y porq. Pedro también le ama a El. Y este poquito de amor es lo q. a Jesús le arrastra a darse y a acompañar a sus amigos.

Jesús sigue viendo las señas q. Pedro y Andrés hacen a sus compañeros de oficio para q. les vengan a ayudar. Son el gesto de la sencillez q. pide socorro sin reparos cuando la necesidad urge. Santiago y Juan respondieron con el mismo gesto sencillo de quien acude en ayuda desinteresada al q. ha pedido un favor.

Hoy estas cosas sencillas se han hecho difíciles porq. en estos enredos de aristocracias y democracias, en esta desviada y, por ende, falsa efervescencia de la cuestión social todo se vuelve un mirar y remirar el propio mérito, el propio

provecho en la rivalidad del trabajo.

Pedro podría haber despreciado su pesca por no hacer partícipes de ella a los otros. Santiago pudo haber dejado a Pedro para q. se arreglase como pudiera.

No así ni uno ni otro. Porq. en medio de ellos estaba Jesús. Con El y en su espíritu no hay rivalidad. Sólo amor y mutua ayuda, mutuo sospecharse los problemas para correr en socorro del amigo. Que con Jesús todo prójimo es un amigo. Es el milagro del mandato nuevo.

En recompensa van hacia la orilla dos barcas rebosando con la pesca. Lo hizo el amor. El amor de Jesús q. excitado por la fe de Pedro tuvo aquel derroche de maravillas. El amor de aquellos hombres q. sobrepasan el egoísmo y la ruindad... "Llenaron ambas barcas tanto que se hundían".

8 Y viendo esto Simón Pedro, postróse a los pies de Jesús, diciendo: - Retírate de mí, porq. soy hombre pecador, Señor

Pedro vió el milagro. Y todo milagro debe de ser sobrecogedor. Más, si la presencia de Jesús lo sostiene. Tal vez en el 1.er momento Pedro no se percató del prodigio en su transcendente proyección milagrosa. Al ver ante sí aquella multitud de peces a una con su hermano y ayudado de Jesús trató de salvar la pesca y la barca. Son los 1.os gritos de socorro.

Estando ya todo concluido se le apareció como de repente toda la transcendencia del hecho. No se paró a reflexionar. Cuando reflexionamos, lo menos q. acaece es la detención paulatina de la acción. Si se alarga desmesuradamente la inspección intelectual o si se la proyecta en el momento en q. la vida exige entregarse, vivir y ser vivida, la acción y aun toda íntima comunicación cordial se apagan. La reflexión puede tener, bien enfocada, repercusiones brillantes de profundidad y eficacia. Pero es siempre a costa de la pérdida de la naturalidad, de espontaneidad,

de ese descuido natural q. las cosas traen consigo cuando se las deja vivir a sus anchas sin ser coartadas, por apretadas por esquemas artificiales.

Intuitivamente Pedro hundió su mirada en el misterio y quedó espantado. Al sentirse el hombre en medio de la naturaleza desbocada, mide sin discursos su pequeñez y su impotencia. ¡Qué será ante la abertura del misterio por la q. se percibe a la divinidad! Esto es lo q. vió Pedro y, sin más, se arrojó a los pies de Jesús. Entonces le abrumó el peso infinito de Dios, su infinita blancura junto al fardo de aquellos pecados q. día a día iban ennegreciendo su alma. Sintió su interior traspasado por la conciencia del abismo q. separa a la creatura del Creador, ese abismo hecho terror por el pecado

Kierkegaard, sin duda un observador parcial y extremado de esta situación vital escribía:

"El Cristianismo al cual se le ha quitado lo q. de espantoso tiene, no es más q. un cristianismo de fantasía"

(Post-Scriptum, p. 401. Citado por Regis Jolivet. El Existencialismo de Kierkegaard. Esp.- Calpe Argentina, B.A. 1952, p. 40-41)

No obstante ese mismo Kierkegaard q. en un sentido veía a Dios como el enemigo mortal del hombre, confiesa q. no hay más existencia auténtica q. la q. es delante de Dios. La q. nos da nuestra medida total de seres religados con el Absoluto.

Pero la gran tentación del hombre es, precisamente, vivir de lo q. no es su vida auténtica y aferrarse a algo q. le proporcione contento, satisfacción casi siempre de un amor sensual q. tiene, por serlo, ciertas virtualidades especiales para embriagar al propio yo y oscurecerle su misión capital. Lo fácil es la escapatoria de lo auténtico q. se superficializa en lo agradable desviándose insensiblemente de destinos y potencialidades más altas. Se culpa a la circunstancia. Ciertamente nuestro yo tiene una plasticidad increíble para ser modelado por la circunstancia, ese yo q. se va

configurando como reacción positiva o negativa. No es q. el contorno configure activamente mi ser. Es mi ser q. reacciona ante el contorno. Muchas miserias se explican así.

A veces se oyen quejas del carácter, del talante y contextura íntima de los q. nos rodean. Son egoístas, son utilitaristas, son materialistas... Pero qué otra cosa van a ser viniendo del ambiente de q. vienen. Sería misterio y milagro q. fuesen espiritualistas, agradecidos.

No queda sino intentar modelar ese contorno q. tanto influye. Frente a la propia vida hacer un mundo de elevación, de espiritualidad, de misticismo cristiano. Así florecerá ese yo capaz de configurar eficazmente desde su condición de circunstancia los yo q. nos rodean. Vidas entregadas, transfiguradas por esa santidad heroica q. comunica tan sólo la gracia y la Persona de Jesús. Dejar de idear ilusiones y ponerse a hacer la propia vida con la vida sobreabundantemente perfecta de Dios.

Es difícil el equilibrio entre este cultivo del yo y la atención debida a lo q. nos rodea. La comprensión de los otros como personas, como sujetos y no meros objetos de contemplación o utilización supone un desyoizarnos, un opacar nuestro radical centralismo, nuestras exclusivas perspectivas. Y esto no es tan hacedero. Desde luego, porq. esta vorágine natural q. el hombre forma alrededor de su yo, trata de sorber en sus aguas arremolinadas, en perpetuo círculo tras un centro intransferible, todo el mayor radio de acción posible. Mas similar es lo q. acaece planteado el caso en horizontes más luminosos. Raíz de la eficacia es la propia concentración, la riqueza interior, y esta no se potencia en exteriosidades. Sobre eso, el desconocer el secreto de las almas, del momento de las almas: que uno no sabe si entrar en ellas o detenerse en el umbral sin atreverse con el tiempo del prójimo.

Es difícil el amor. Ya lo es por la amenaza que trae consigo de enloquecernos, de enajenarnos perdiendo toda medida, toda independencia. Y, además, lo es

porq. uno no sabe si va a cuajar ese amor. Amor en su plenitud es dualidad y uno no sabe jamás, sobre todo a los principios, si puede contar con el otro en esta aventura ridícula y sublime. ¡Si es q. ya no desconfía de sí!

Es, precisamente, por ser difícil el amor, por lo q. uno desconfía de sí y prefiriendo el renunciar a esa admirable unión y complementación - ¡el hombre no puede a solas con su vida y parece q. no es sino mitad de un ser superior! - se retira a su madriguera para vivir esa existencia fría y dimidiada q. es todo egoísmo

¡Qué lío, Señor, es el hombre! ¡Qué lío es todo lo humano, todo lo q. en nosotros hay de pura carne! ¡Y es tanto! Por todas partes suciedad, caminos torcidos, almas sinuosas, sensualidad. Caras tristes, caras ensombrecidas, ajadas por un secreto anhelo sucio de carne. Problemas de estrechez de espíritu, de cortedad egoísta.

Frente a tanto pecado y a tanta atadura la figura blanca de Jesús q. enciende su limpísimo rostro divino frente a la brisa del lago. Y un hombre q. se arroja a sus pies porq. le hiede el alma, porq. mide de algún modo la infinita distancia, el suave pero irresistible, imponente reproche q. supone la presencia de Jesús junto a la carne pecadora. No se trata ni siquiera de medir a fondo lo q. es un pecado. Esto es imposible. Basta con sentir el hedor de la propia miseria junto a la blancura purísima de Jesús.

Da vergüenza, da vergüenza. Desde lo q. somos a aquella sublime palabra de Jesús: Allí serán como los ángeles de Dios, va tanto...

Pero hay q. verlo todo. Sin querer; por puro hábito de la cultura escolástica en q. se han formado los q. nos son corporalmente más próximos y nos han hecho el ambiente q. respiramos hasta q. cada uno acierta a dar con el suyo, prescindir es negar. Lamentablemente al considerar un aspecto, aquí el repudio con q. la falta propia empuja al alejamiento de Dios, negamos los otros q. no le son afines.

Sólo hay pecado, suciedad, vergüenza. Mas no es así. Dios ha descendido hasta esas almas sucias, estrechas, mezquinas, negras y repugnantes como esos ranchos vergonzantes q. esconden su figura por los arrabales de la ciudad. Descendió su cuerpo hasta el establo donde las bestias habían paseado su inmundicia y descendió su Persona entera hasta los dolores y los pecados de los hombres. Si le dicen q. no anda sino con pecadores en una era de tan exaltado farisaísmo q. los hipócritas pululaban y no hacían aprecio sino de exterioridades y tapujos leguleyos y reglamentarios.

Y sin embargo Jesús siempre disparado al fondo y a la verdad de los hombres y las posturas humanas, desde ese ángulo de su divinidad perfecta q. añoro para enfocar la propia vida desorientada, sin precisiones ni negaciones, junta el horror más decisivo, más vigoroso al pecado y se acerca a quien arrepentido le mira suplicante. Aun a los hipócritas y a los fariseos si es q. por un momento son capaces de confesarle y de llorar su farisaísmo y su hipocresía. ¡Cuánto más a Pedro aun con toda su vida pequeña y pecadora! Si está allí a sus pies. Y le ama. Le ama de hombre a hombre sin mentiras, sin formulismos; sintiendo q. se le acelera el pulso y la vida cuando se junta a aquel hombre blanco, tan blanco en su interior, mientras se le va también acrecentando en el alma un respeto sin límites q. en este momento llega ya al espanto. θαμβος dice el griego y stupor la Vulgata. Mientras Leal mantiene estupor y Bover traduce espanto.

¶ Era q. el espanto le había invadido, y no menos a todos los q. con él estaban, con motivo de la pesca de los peces q. habían cogido.

El evangelista, con plena fidelidad al hecho,

señala la fuente del estupor y del espanto. Era, ante todo, la pesca. Jesús había salido en su busca por la línea más corta, allí donde ellos podían medir a conciencia la propia imposibilidad y la sobreexcelencia de un poder superior.

Jesús no está para meras posturas teóricas, para actitudes platónicas. Hablar, fantasear... y todo queda en palabras y en sueños. Y el pobre hombre q. sufre de realísimos dolores en el alma, de ausencias y vacíos tal vez originados exclusivamente por un voto de virginidad, de escasez, de olvidos y menosprecios, de fracasos, de ese fracaso, ante todo, de quien ante sí mismo se siente fracasado, muñón de hombre, no puede quedarse con palabras ni con sueños q. no le dan vida, q. no tienen una eficacia pareja a aquella con q. combate el dolor.

Jesús no ha venido para eso. Hubiera bastado un sueño y un canto de algún hombre superior. No. El vino para evangelizar a los pobres y cerrar las heridas de los afligidos. Presencia física. Don de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo y de alma a alma. Sobre eso, don de Dios al hombre, de quien es divino a quien tan sólo es humano. Y al pescador le dará peces, pan al hambriento, vista al ciego, a la madre el hijo perdido... a los hombres la Eucaristía, su sangre, el cariño de su amor.

Ese es Jesús. No es ningún fantasma, ni se trata de una figura perdida en un recodo del olvido o de la historia. Sino q. está ahí, en el cuarto vecino, con su cuerpo, ese cuerpo, el único adorable entre los cuerpos. Ese cuerpo q. mata en nosotros la carne de la carne, el mundo del mundo. Está ahí, aunq. aquí estén todos los pecados... con tal de q. como en Pedro, queden arrojados a sus pies.

El punto está en q. Jesús se acerque a nosotros o en q. nosotros nos juntemos a El, esto es, hagamos por q. se acerque a nosotros. No es cuestión de cercanía física, de proximidad táctil. Esa ya está: la inmensidad y la ubicuidad divinas y la presen-

cia sacramental de un cuerpo y una sangre humana.

Aunq. sea con espanto. Cierto q. el espanto aleja y q. la relación de la criatura con el Creador es espantosa. Pero cierto también q. la relación del Creador a la criatura es una epifanía de amor.

Ahí está la escena viva: un hombre q. necesita prosternarse y un Dios q. salta a la barca con un seguro, confiado gesto de hombre y de amigo.

Sólo quien mida bien a fondo todo el espanto q. la distancia ontológica y el pecado producen, podrá medir con alguna aproximación, si bien remota, todo el amor y el acercamiento q. supone la venida y la estancia de Dios entre los hombres. Aunque no haya sentido ese espanto de la distancia y del desprecio aunq. sea simplísimo q. la conducta del pobre hombre, casi necesariamente, impuesta, no puede valorar y sentir cuánto es la proximidad, qué pasos tan admirablemente gigantescos e incomprensibles Dios ha dado por juntarse con el hombre!

Eso: incomprensible, inaudito, inesperadísimo, imposible de imaginarse, de barruntarlo.

A uno se le acurre hasta un gesto de blasfemia: ¿qué tiene q. pretarse Dios con el hombre! ¿A qué vendría a estorbar nuestras mezquinas suciedades, tan animales pero tan nuestras!!

Es q. tan grande es el misterio del amor, sobre todo —con un sobre todo infinito—, del amor divino, q. el hombre estará primero en todas las explicaciones antes de dar con la única explicación por más q. inefable y misteriosa.

La única y última explicación es q. Dios ha sido quien ha dado a luz esta pequeñez q. es el hombre y q. sus obras lo son siempre de amor. Ordenó las estrellas y, conforme a la naturaleza q. tenían, les trazó los rieles por donde son y fulguran. Animó a las bestias y, conforme a ellas, les dotó de una vida así la q. se clausuran sus específicas virtualidades. Están

todas obras de amor.

También el hombre fué fruto de su amor. Pero el hombre en su condición terrestre no encontraba la medida de su ser. En vez de proporcionarle dentro de su círculo humano la cantera donde labrase su dicha y su plenitud, le creó con un hueco inmenso por donde se derrumban hasta sus sueños y sus ilusiones. ¡Cómo iba a dejar en ese fracaso tan íntimo y tan personal a la más alta obra visible de su amor!

Parecía un fracaso. Mas era para escribir con el fracaso las iniciales de una dicha increíble. Era para q. por el fracaso el hombre llamase a Dios y por el fracaso Dios entrase al hombre. Dios le hizo al hombre por amor y este resultado de un Dios y de un Dios q. ama no puede, de suyo, fracasar. Por eso Dios, hecho temis, viene al hombre. Sólo por eso: porq. es Dios, porq. por amor hizo al hombre y porq. el hombre, obra de un Dios amoroso, había resultado un fracaso.

Una vez sentidos, bien sentidos, el fracaso q. el hombre es, la desgracia sumis q. somos, por nuestro pecaminoso ser ontológico y nuestro voluntario descarrío, y el espanto q. este nuestro ser debe sentir ante la presencia del ser infinito, ser sin medida, ni paragón posible con el nuestro y ante la luz de su esencia recta y purísima, podremos también sentir, sentir a fondo, todo el amor, la aproximación y la presencia de Dios. Entender en una palabra a temis q. no es sino Dios con nosotros para salvarnos y salvarnos por amor.

Así se comprende q. Pedro frente a esta abertura del infinito en su real sentido para el hombre, sintiese esa mezcla de espanto y de estupor. Estupor de q. estas cosas sucedan entre Dios y el hombre; espanto al medir su finitud y su pecado ante la infinitud y la santidad de Dios. Estupor ante el acercamiento de Dios. Espanto por el acercamiento, antes de q. la gracia le desvele los misterios del amor.

10 Y lo mismo también a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, q. formaban sociedad con Simón. Y dijo a Simón Jesús:
– No temas; de ahora en adelante serás hombres los q. pescarás

La gracia de Jesús es con todos aunq. no todos quieran aprovecharla. Mas, quién lo duda, hay en la gracia misteriosas preferencias aludidas aquí por esa terna de pescadores q. tan especialmente tocaron el Corazón de Cristo. No son éstas puras palabras, esto es, figura y sonido inanes. No; sino q. en realidad esos pescadores, esos tres hombres de barro, carne y alma tocaron el corazón de barro, de carne y de divinidad q. era el corazón de Cristo. Corazón de un Dios. Y Jesús, Dios, les amó con predilección.

Ellos se habían acercado a Jesús y Jesús a ellos, por esa secreta y misteriosa interacción q. se ejercita en toda conversión y en toda santidad. Después q. se hizo el contacto, el primer real contacto con la humanidad y la divinidad de Jesucristo, para aquellos hombres se facilitó enormemente el gran problema religioso de la vida.

Es, en verdad, el gran problema de la vida este q. se presenta ante las relaciones del hombre con Dios. Estar bien con Dios... allí donde las apariencias de nada sirven. Entre los hombres basta con dejar aparecer unos gestos comedidos y una postura rectilínea: gestos y postura mientras el ser interno, el propio ser de uno se derrama en superficialidades y bajezas y la actitud con los otros es sólo benévola o limpia por de fuera.

Mas con Dios? Dos aspectos ineludibles se ofrecen: la absoluta exigencia de nuestro integral ser moral y la absoluta impotencia de cubrir con apariencias la desnudez o la suciedad interior. Absoluta exigencia de nuestro ser moral absoluto: en este orden, el estar bien con Dios importa el es-

tar a fondo bien consigo mismo, así como el estar plenamente bien consigo mismo exige el estar bien con Dios, ya q. la actitud moral es la conveniente con nuestro ser íntegro de hombres y, a su vez, ese ser íntegro importa nuestra relación con Dios.

Y absoluta transparencia ante Dios de la propia alma. Lo q. cada uno apenas sabe porq. pretende ignorarlo a sabiendas, lo q. se hace al margen de la conciencia y del libre albedrío, esos oscuros pecados de omisión y de flaqueza. ¿No va a resultar difícil el problema religioso?

Sin embargo, ahí están esos hombres: Pedro, Santiago y Juan, en vías de una respuesta magnífica, incomparable. Porq. Jesús lo quiso, se acercó a ellos... y ellos no se apartaron.

Por qué? Cómo? Ahí están las palabras de Jesús a Simón. No temas.

Es la relación del hombre con Dios como para temblar. Con temor y temblor. Pero vino Jesús con esa palabra mansísima: no temas.

No es q. se haya desdibujado o diluido la grandeza y la dificultad del problema religioso, porq. la venida primera, universal de Dios a los hombres, y no a este hombre en esa segunda venida más particular, de aplicación al individuo de la gracia redentora en grado especial, no ha sanado de raíz a esta naturaleza humana tan dañada, tan torcida. Sigue la carne gritando por carne y convenciendo al espíritu de q. deje hacer, de q. la deje desbocarse. Y sigue el espíritu idolatrándose hecho centro práctico, psicológico de todo el universo, sin atención a la presencia infinita y a los derechos de Dios.

El más reiterado de los naturalismos: frente a una existencia esencialmente re-ligada el desarraigo y la superficialización psicológica; frente al plano del sobrenaturalismo q. viene a dar su última medida al planteo religioso el más constante olvido de todo cuanto no sea lo mío y lo de

acá. Es decir un empeño suicida en desfigurar la propia existencia, en desorientarla, en hacerla malbaratar sus valores más auténticos, su ser más profundo y sus contentos más plenos. Un preferir la deshumanización paulatina del hombre abandonado en sus propios recursos, a la divinización del cristiano q. centuplica y potencia sus posibilidades y su ideal de hombre.

No tiene sentido verdadero y total la vida puramente natural del hombre. Porq. el hombre q. hoy es, el q. vive entre los polos de la tierra apretado por la atmósfera q. respira, es un hombre históricamente sobrenaturalizado. Tiene un destino y una meta: alcanzar su plenitud sobrenatural. Si la vida humana en su aspecto psicológico de quehacer es una historia y es un proyecto, si es el programa ideal pero concreto el q. da la pauta de la autenticidad q. el estado presente de esa vida busca entre balbuceos y flaquezas, claro está q. al ser ese proyecto ideal un destino de ser sobrenaturalizado, divinizado, como de hecho, históricamente lo es para el hombre q. vive, goza y sufre, se falsifica y empequeñece la vida quien renuncia a sus dimensiones sobrenaturales en beneficio de su deshilachado y desvencijado ser natural.

Siendo las cosas así, todavía seguimos dándonos con furia a lo natural, despreocupándonos de lo sobrenatural y desbaratándolo. Por qué será así?

Es q. no se da suficiente presencia psicológica de esta realidad sobrenatural q. es nuestro destino superior y su fuente Dios. Y, para las operaciones de nuestra vida humana, para sus decisiones q. van tramando la contextura de la existencia, sólo existen eficazmente las realidades q. nos son próximas tanto q. su calor vital invada el alma. No es tan sólo aquel viejo:

nihil volitum quin praecognitum. Se trata de un conocimiento mucho más eficaz q. aquel remoto tener noticia, difusa noticia a pesar de todas las certidumbres lógicas.

Para ello se necesita fe, espíritu de fe. Y la fe supone, en algún modo, todo el sacrificio de una vida sobrenatural cuando aún no hay vida sobrenatural o la hay, tan sólo, pálida, incipiente, germinal. Fe para creer lo q. no vemos, contra lo q. vemos. Fe para hacer lo q. no sentimos contra lo q. sentimos. Fe para buscar lo q. no nos interesa contra lo q. nos interesa.

Hay, es cierto, una solución y una esperanza: la eficaz influencia de la gracia q. puede arrastrar, levantar sin sentirlo, sin pretenderlo. Puede uno exaltarse a lo divino fuera de los cauces ordinarios q. mueven el dinamismo humano: sin conocer ni afectarse, con esas secretas alas nuevas volar hacia arriba, más cerca de Dios y de la santidad. No es una ascensión nacida del esfuerzo humano. Conforme a la vieja imagen ascética va la nave del alma impulsada por un viento q. llena las velas rebosantes, recogidos los remos, aquellos remos q. el hombre había abandonado cansado ya de su condición de galeote.

Y la gracia vendrá si de verdad pedimos a Dios q. venga con corazón humilde y dolorido precisamente porq. se está lejos de Él y no hay fuerzas ni decisión para los pasos precisos. Con esperanza contra toda esperanza: aunq. esté ya seco y estéril el espíritu todavía puede fecundarlo la gracia con la alegría sin límites de los hijos q. vinieron cuando ya nadie los esperaba y la tristeza de la soledad infecunda iba endureciendo el alma.

Hasta q. este arduo problema religioso q. es la vida humana alcance su vital solución por la presencia de la gracia q. trae Jesús y es el mismo Jesús acercándose. El q. vino a sanar

lo q. estaba enfermo, q. no dobla con mano cruel de caminante inmisericorde y voluntarioso las cañas torcidas ni apaga el rescoldo q. aún humea. Fe en Jesús Redentor, fe en Jesús Salvador. Para eso vino al mundo y para eso salió a pescar de noche con aquellos hombres de mar. "No temas". "No temas". La palabra q. oyó Simón Pedro, permanece esculpida a fuego de amor y de esperanza en el corazón del cristiano.

No vino Jesús para q. le temiésemos. Ya sé q. es difícil entenderlo así y q., sin querer, a uno se le apretuja el corazón, cuando siente q. ha obrado mal o sin la suficiente actitud generosa q. el ser de Jesús para nosotros exige. Pero precisamente vino El para q. no temiésemos a Dios ni al mundo ni a nosotros mismos con ese temor de los derrotados y estrechos de corazón. Y eso es lo q. El decía, tantas veces y en tan distintas coyunturas: Soy yo, no temáis.

Que también la gracia, la fe y el amor, me hagan ver la figura infinitamente respetable y digna de reverencia q. es Jesús con toda la tranquilidad y el cariño de la verdad q. El es para mí. El y para mí

Tan es así q. aún vino a elegir entre los hombres a los pescadores de almas: "De ahora en adelante serás hombres los q. pescarás".

Hay un momento en q. irrumpe la gracia y se transfigura la vida; un momento en el q. se puede decir... desde ahora en adelante. Si Jesús lo dice, si es por la eficacia de su palabra, esa vida es realmente otra, doblada por ese instante en dos planos de orientación plenamente distinta.

Siempre queda un vínculo de unidad. Pedro sigue siendo pescador. Es imposible, es,

8 - Febr - 56